

CAPÍTULO II

EL HERMANO DEL ESCRIBA SU PRIMER TESTIGO



Yo aún no había nacido, de modo que son recuerdos de mi madre los que empleo para completar mi relato.

Corría el año 1955 cuando mis padres se casaron en un pueblo llamado Tembleque de la provincia de Toledo. Josefina, mi madre, era la mayor de cuatro hermanos. Mi abuelo José, era maestro de obras y mi abuela, Josefa, era ama de su hogar.

Manuel, mi padre, era el menor de dos hermanos. Su padre, mi abuelo paterno, Tomás, era agricultor y mi abuela paterna, Faustina, también era ama de su hogar.

Mi padre había trabajado a las órdenes de mi abuelo José, el maestro de obras, constructor de casas y escuelas. Así conoció a su hija mayor Josefina y ambos decidieron casarse.

Para pedir su mano con mayor garantía, mi padre decidió ingresar en la Guardia Civil, en sus fotos de boda aparece en uniforme de gala y mi madre con su blanco vestido de novia.

Después de la boda, mi padre debía incorporarse a su destino como guardia civil en un pueblecito de Ciudad Real, llamado Villanueva de la Fuente. En cuyo cuartel esperaba a mis padres su nuevo hogar.

No hubo viaje de novios, porque no les sobraba el dinero. Mi madre debió quedar embarazada en la misma noche de bodas, pues a los nueve meses justos dio a luz a su primer hijo, el primogénito, mi hermano mayor, el Escriba.

Fue un embarazo lleno de incertidumbres para mi madre, porque mi padre pasó muchos meses en el Hospital Militar aquejado de una grave enfermedad que le llevó al borde de la muerte. Mi madre vivía sola en su casa del cuartel, cuando no acompañaba a mi padre en el Hospital.

Se acercaba el día del parto y mi padre no mejoraba, de modo que mi madre decidió volver a la casa de sus padres en Tembleque para dar a luz.

Era el mes de Febrero de 1956, el más frío que se recordaba en muchos años, se helaron hasta los olivos y fue el día 14 de Febrero cuando mi madre dio a luz, en un parto que ella recuerda largo y difícil, tras una noche de espera. Fue asistida por el médico del pueblo, en la casa de sus padres, en la calle Santa Ana N° 14.

El niño pesó al nacer, 3,5 Kg., largo, delgado y tan moreno que hizo pensar a mi madre que venía de tomar el sol.

Pasó unos días en Tembleque reponiéndose del parto y en esos mismos días el niño fue bautizado con el nombre de Tomás, el mismo nombre del abuelo paterno, como lo había decidido mi padre desde el hospital, y también que fuera su hermana quien llevara al niño hasta la pila bautismal.

Después del bautizo, ya repuesta mi madre del parto, regresó a su casa en el cuartel de Villanueva llevándose al niño con ella y a una prima suya, como ayuda para atender la casa y al niño mientras ella atendía en el hospital a su marido.

Meses después mi padre había recuperado su salud, incorporándose a su trabajo en el cuartel y allí pasó mi hermano sus primeros veintiocho meses de vida como hijo único, regresando la familia a Tembleque, ocasionalmente, para disfrutar los permisos y vacaciones de mi padre.

Poco más de año y medio tenía mi hermano cuando mi madre quedó nuevamente embarazada y con la proximidad del parto, regresó a Tembleque en tren siguiendo los pasos de su primer alumbramiento para dar a luz, en la misma casa de sus padres, a su segundo hijo.

Era el 20 de Julio de 1958 cuando mi madre dio a luz por segunda vez y ese día nació yo, en pleno verano, pesando casi 4 Kgs.

Fui bautizado en la misma iglesia que mi hermano con el nombre de Manuel, el mismo nombre de mi padre.

La familia se mantuvo estable con dos hijos hasta seis años más tarde, cuando nació el tercer hijo, José Luís, y cuatro años más tarde, nació el cuarto que, por fin, fue niña, María del Pilar, cumpliéndose el deseo de mi madre.

Hasta que mi hermano cumplió los 7 años vivimos en nuestra casa, dentro del cuartel, en Villanueva de la Fuente. Allí aprendimos los dos a dar nuestros primeros pasos, en un ambiente muy protegido, muy seguro, con los hijos de otros guardias.

Mientras yo aprendía a hablar, mi hermano comenzó su vida escolar y de la mano de la muchacha que ayudaba a mi madre en las tareas domésticas iba y venía andando hasta la escuela, un poco alejada del cuartel.

Cuando empecé con mi vida escolar, era mi hermano quien me llevaba cogido de la mano a la escuela.

Desde que tengo memoria, he sido la sombra de mi hermano y su compañero de juegos.

Paseábamos con mi madre y a veces la acompañábamos al mercado donde había dátiles frescos que gustaban mucho a mi hermano.

Dentro del cuartel y en sus alrededores jugábamos con otros niños, sobre todo a indios y vaqueros que era lo que más veíamos en el cine, porque la televisión entró en nuestra casa cuando mi hermano ya había cumplido 10 años, pero a cambio vimos mucho cine en nuestra infancia. No sólo porque mi madre nos llevaba a verlo todos los domingos, en Villanueva, sino que además, el abuelo José, el maestro de obras, decidió construir un cine cuando estableció su residencia en Tembleque.

Un cine que también servía para celebrar bailes y servir banquetes de bodas. Todavía hoy funciona, pero sólo como cine.

Puede decirse que nuestra infancia transcurrió en dos ambientes bien distintos: entre la casa de nuestros padres en el cuartel, donde reinaba la rigidez, la severidad, la seguridad y la casa de los abuelos, donde reinaba la alegría, la tolerancia y la libertad, donde el cine, los banquetes de bodas, los bailes y el teatro eran la actividad normal.

A nuestra madre le gustaba vestirnos igual los domingos para llevarnos a la iglesia, costumbre que mantuvimos desde niños, hasta que mi hermano comenzó a hacerse preguntas sobre la igualdad y la hermandad entre los hombres, al final de su etapa como estudiante. Pero hasta entonces era obligado acompañar a mi madre a misa de doce y luego visitar a los abuelos paternos, para comer el cocido de garbanzos que cada domingo nos preparaba la abuela Faustina, en un puchero junto al fuego. Recuerdo el respeto que nos infundían los abuelos, por la autoridad que ejercían y también el cariño de las abuelas que rivalizaban en colmarnos de atenciones.

De modo que recuerdo nuestra infancia, plena de entretenimiento y nuestra adolescencia sirvió, además de estudiar, para imitar y aprender las actividades relacionadas con la empresa del abuelo. Llevábamos los afiches y la propaganda del cine a la plaza del pueblo, retirábamos las butacas para dar los bailes, poníamos las mesas para los banquetes, montábamos escenarios para el teatro, atendíamos el bar del descanso, acomodábamos al público en sus asientos, vendíamos entradas etc. sirviendo de ayuda al abuelo.

No es de extrañar que con 16 años mi hermano convenciera al abuelo para convertir una pequeña sala anexa al cine en la primera discoteca del pueblo. Cuando a todos extrañaba bailar al son de un tocadiscos en lugar del conjunto de músicos como era la costumbre.

Como el abuelo no tenía mucha fe en su idea, no le dio dinero para invertir, pero le dio un viejo tocadiscos y le dejó hacer. Él se las ingenió para acondicionar el local, con su pista de baile, bar, asientos, mesas, y luces que eran botes de leche condensada pintados y papel de celofán de colores.

Unos años después era yo quién dirigía la discoteca, que con sucesivas reformas siguió funcionando para alegrar la vida de los abuelos por muchos años.

Hasta que mi hermano fue reclamado para cumplir el servicio militar, vivimos en otros pueblos, pero siempre cerca de Toledo o dentro de la provincia.

En Villanueva de la Fuente, el primer pueblo que conoció la familia, transcurrió nuestra vida hasta acabar la infancia de mi hermano, con 7 u 8 años. Nuestro padre consiguió un ascenso en su profesión y ello trajo consigo un cambio de destino y de hogar.

Nuestra madre había dado recientemente a luz a su tercer hijo y con el nuevo miembro, la familia partió en un camión cargado con muebles desde Villanueva hacia un pueblecito llamado Herrera de Alcántara en la provincia de Cáceres, situado cerca del río Tajo, que hace de frontera con Portugal.

Allí vivimos poco más de un año. Nuestra casa no estaba en el cuartel sino junto a la iglesia, donde era habitual despertarse con el canto de las cigüeñas y las palomas que anidaban en el campanario.

Viviendo junto a la iglesia, mi hermano tardó poco en convertirse en monaguillo, ayudando al párroco en las misas. También le gustaba subir a la torre para tocar la campana que llamaba a los fieles.

Este fue el pueblo que más nos gustó porque tenía vegetación abundante y bosques de encinas y alcornoques atravesados por riachuelos que iban a parar al Tajo.

En un pueblo tan pequeño el cabo primero era la máxima autoridad y nuestro padre era el comandante del puesto, de modo que éramos reconocidos y aceptados enseguida por los vecinos del pueblo y sus hijos. Allí cumplió mi hermano sus nueve años, haciendo frecuentes visitas al río Tajo para bañarnos con los amigos, organizábamos muchas batallas jugando a las tribus rivales, con arcos y flechas que construíamos, explorábamos el bosque y cazábamos pájaros, lagartos y culebras con nuestros tirachinas. Nuestras lecturas favoritas eran los cuentos y los tebeos.

Yo heredaba los juguetes y los útiles que hacía mi hermano para nuestros juegos. En general nuestra niñez transcurrió feliz. Si bien en casa no sobraba nada, tampoco recuerdo que nada nos faltara.

A veces nuestros juegos en casa terminaban en discusiones y peleas, entonces era mi madre quien ponía orden entre nosotros, con su zapatilla, cada vez que lo hacíamos necesario. Esta etapa de aventuras duró poco más de un año y despertó nuestro interés por la naturaleza.

Mi hermano acababa su periodo escolar y no había instituto público ni colegio privado para continuar sus estudios y por esta causa, mi padre pidió el traslado a otro pueblo.

De nuevo, el camión con los muebles y el adiós al viejo hogar para conocer otro nuevo. Esta vez nos fuimos a los Yébenes, ya dentro de la provincia de Toledo, que tampoco tenía colegio pero sí lo había en un pueblo cercano, Mora de Toledo, desde donde partía un autobús a diario para recoger a los estudiantes de los pueblos de alrededor.

Mora está a medio camino entre los Yébenes y Tembleque, y el mismo autobús que recogía a los estudiantes de Mora, recogía a los de Tembleque, de modo que mi hermano y luego yo, cuando empecé mi primer curso de bachiller, podíamos elegir entre la casa de mis padres en el cuartel de los Yébenes o la de los abuelos en Tembleque para ir y venir del colegio, circunstancia que aprovechábamos a menudo para visitar a los abuelos.

Solíamos comer en el colegio, lo que llevábamos de casa y también en las pensiones cerca del colegio cuando mi madre o la abuela nos daban dinero para ello.

Desde primero hasta sexto curso de bachiller, mi hermano no cambió de colegio en Mora, pero sí hubo cambio de pueblo y de cuartel. Tres o cuatro años después de llegar a los Yébenes, recién nacida nuestra hermana pequeña, mi padre recibió un nuevo destino en otro pueblecito cercano llamado Ajofrín, que también estaba dentro del recorrido del autobús del colegio y el cambio de pueblo, de hogar y de vecinos, no afectó su vida de estudiante.

Mi hermano fue un estudiante normal, más que ser de los primeros o de los últimos era de los del centro.

Su paso por el colegio no afectó su personalidad más que a mí o a cualquier otro colegial.

Lo que sí afectó y mucho a mi hermano, fue el autobús del colegio que tomábamos todos los días para recorrer unos cincuenta kilómetros en ir y volver, se ponía enfermo sólo con oler los gases del autobús y una vez subido se mareaba, se sentaba inclinando su cabeza entre las piernas y frecuentemente vomitaba.

Llegaba desorientado y cansado, fue duro para él el precio que tuvo que pagar por estudiar los seis cursos de bachiller, desde los 10 a los 16 años, a razón de unos 10.000 Kms. por curso. Todavía hoy no le gusta viajar y menos en autobús.

Aun así, fue buen estudiante a los ojos de mis padres, porque era mi padre quien cada curso solicitaba en la Guardia Civil una beca de estudios, que siendo de escasa cuantía, significaba una gran ayuda para la familia y como sus notas eran buenas, solían concedérsela.

Terminado su último año en Mora, mi padre le consiguió una plaza en la residencia de estudiantes que había en el Cuartel de Toledo y lo envió allí para estudiar COU (curso de orientación universitaria) en el Instituto, más por deseo de mi padre que por el suyo propio, con el ánimo de encauzarlo desde allí a la Academia Militar de Oficiales, que era el destino que mi padre acariciaba para asegurar el futuro de su hijo mayor.

Pero mi hermano tenía su propio destino que aunque ni él mismo conocía sí que podía intuir que no era el previsto por nuestro padre.

Ya desde niño, conocía bien la vida en los cuarteles y desde los 10 años prefería la libertad y el bullicio de la casa del abuelo José antes que la tranquila seguridad del cuartel.

Toledo fue la primera ciudad que conoció; disponía de una habitación en la residencia de estudiantes, dentro del cuartel de la Guardia Civil, y con sólo respetar el horario propio del cuartel gozaba de total libertad.

Ese mismo año decidió dejar los estudios porque decía que los temas de su interés no se estudiaban en la universidad ni en la academia. Dejó su curso de COU sin terminar, cosa que nos extraña a todos en casa, porque era muy cumplidor de sus obligaciones.

En su interior, se libraba por primera vez un encuentro entre dos intereses opuestos que no sabía como reconciliar.

Por un lado, nuestro padre le aconsejaba seguir sus estudios para terminar la carrera y disfrutar de un puesto de trabajo seguro, ordenando y obedeciendo órdenes, como hacía él. Por otro lado le llamaba el ejemplo del abuelo José, constructor, maestro, aparejador y arquitecto de sus propias obras, que no obedecía más órdenes que las que exigen las obras para ser más perfectas.

El ejemplo del abuelo tenía mayor peso en mi hermano.

Desde niños oíamos al abuelo lamentarse al verse obligado a pagar impuestos por todas las actividades que emprendía.

También tenía a las afueras del pueblo, una fábrica donde moldeaba y cocía las tejas y los ladrillos para sus obras. Y también construyó un horno donde convertía las piedras calizas de los alrededores en cal y tenía, tejas, ladrillos y cal para vender.

El abuelo hacía su riqueza con sus propias manos y tanto si fabricaba o construía o vendía u organizaba espectáculos, siempre le quitaba una parte el Gobierno.

Sin embargo en la casa de nuestros padres nunca había preocupaciones por causa del dinero porque mi padre recibía puntualmente su paga y mi madre la administraba muy bien.

Éramos unos niños cuando mi hermano ya interpretaba esta situación y me la contaba a su manera:

"Papá es quién manda y el abuelo es quien trabaja, el gobierno es como Robin Hood, primero le roba el dinero al abuelo y luego se lo da a papá y él se lo da a mamá para comprar la comida... Tenemos que ayudar al abuelo, porque si deja de trabajar, Robin Hood no podrá robarle y no podrá pagar su sueldo a papá y mamá no podrá comprar comida... y para convencerme mejor añadía... el abuelo es el más importante porque todos comemos gracias a él, incluido Robin Hood, y si se deja robar es porque nos quiere mucho".

El ejemplo de nuestro otro abuelo, Tomás, también fascinaba a mi hermano, porque sabía sembrar sus tierras y cosechaba alimentos para él y para vender, dejándose robar también por Robin Hood para el buen funcionamiento de toda la familia.

Esta interpretación infantil debió tener su peso a la hora de decidirse, porque la seguridad que mi padre le proponía, él sabía que procedía en realidad de los abuelos y los abuelos no tenían seguridad, sólo libertad para hacer lo que hacían, y hasta Robin Hood obtenía su seguridad de los abuelos.

Para él ya estaba claro a sus 17 años que la seguridad no tenía los pies sobre la tierra sino sobre la Libertad, y que era la libertad quien soportaba pacientemente la situación, más por amor que por temor.

Como hombre no podía disfrutar la seguridad y la libertad que había sido posible siendo niño, porque no podía ser hombre sin dejar antes de ser niño. Para él la seguridad y la libertad no eran dos caminos diferentes sino dos lugares del mismo camino. Un camino que era la vida del hombre mismo, desde la infancia a la madurez. Un camino que, por fuerza, tiene que empezar en la seguridad para conducir a la libertad, como la infancia conduce a la madurez, de modo que aferrarse a la seguridad era para mi hermano aferrarse a lo que ha de ser sólo para el niño y renunciar a lo que ha de ser sólo para el hombre.

La seguridad verdadera es la acción protectora que los padres brindan a sus hijos para darles oportunidad de conquistar su propia libertad, ejercitando y dominando sus habilidades naturales.

La libertad sólo puede lograrse con el perfecto dominio de las propias facultades y esto sólo es posible poniéndolas a prueba, ejercitándolas en la vida real y la vida real no es la seguridad, sino una montaña de incertidumbres que hay que escalar asegurando cada paso hacia la cima, que es la libertad, o bien regresar por los pasos seguros hasta el principio, que es la seguridad.

Podemos aferrarnos a la seguridad y sacrificar nuestra vida para servirla e incluso podemos sacrificar la vida de otros para servirnos, pero sólo enfrentándonos desnudos a la realidad que somos, conoceremos el verdadero propósito de nuestra vida.

El problema para mi hermano era que el camino de la Seguridad estaba perfectamente trazado por la propia seguridad. Tan sólo había que seguirlo desde el colegio al instituto y del instituto a la universidad, por el título que certifica la obediencia a los logros de la seguridad, a cambio de un lugar propio en el regazo de la misma Seguridad. Que como buena madre ofrece seguridad a sus hijos aunque sin comprender que su excesivo celo protector les priva de conocer a su padre, la Libertad. Y por no saber remediar su viejo carácter envidioso, contagia a todos sus hijos de envidia por ser más. Manteniendo a todos en completo desorden, sin conocer felicidad, pretendiendo además que las cosas son así y no se pueden cambiar. ¡Qué gran paciencia tiene la libertad y cuánto debe amar a sus hijos!, **educados por la seguridad sin saber decirles No cuando deben dejar de mamar.**

Pero el camino de la Libertad no estaba trazado, sencillamente estaba olvidado, cuando es el ejercicio de la libertad quien ha de descubrirle al hombre una fuerza y un poder insospechados en el propio hombre.

Encontrar el camino de la libertad no era posible en los dominios de la seguridad. Había que trazarlo de nuevo y mi hermano no sabía como hacerlo.

Se sentía atrapado por su propio concepto de Libertad.

Me daba muchas charlas sobre sus propias reflexiones, reflexiones que yo entonces no atendía, pero con el tiempo he ido abriendo mi mente, comprendiendo el fondo de sus inquietudes y el significado de sus parábolas y cuentos para hacerme comprender.

Como ejemplo, contaré al lector este cuento que me sirvió para comprenderle mejor.

"Si robas una pareja de elefantes a la selva que los acoge en su seno y les ofrece su propia seguridad y su propia libertad, con la intención de hacerlos trabajar en tu beneficio, tendrás que doblegar su voluntad y domesticarla para ser obediente a tu voz, además de ofrecerles un lugar y alimentos similares a los que obtenían por sí mismos de su selva.

Con paciencia, conseguirás que además de obedientes, logren memorizar tus órdenes y hasta realizar ciertos trabajos para ti. Pero no conseguirás hacerles olvidar su verdadera seguridad y su verdadera libertad. No podrás evitar un poso de tristeza y añoranza que desde el fondo de su alma se verá reflejado en sus ojos hasta el día de su muerte.

Pero no desesperes, hasta el peor de los esfuerzos tiene su recompensa, la pareja infeliz de elefantes tuvo hijos, que jamás conocieron la selva, ni su verdadera seguridad ni su verdadera libertad. Ellos se verán felices por servirte porque para ellos la seguridad está en comprender y obedecer tu voz y su libertad está en el trazado o el recinto que tú les marques.

Para estos elefantes el camino de la seguridad y la libertad verdaderas estará sencillamente, olvidado. Y en la realidad, habrán retrocedido tanto en su propia evolución, que si pretendieras devolverlos a la selva de sus padres se verían en grandes dificultades para sobrevivir, para ser lo que ellos son realmente ¡elefantes! dueños y señores de la selva.

La cuestión, me decía, es si tienes derecho a hacerle esto al elefante y si tienes derecho a hacértelo a ti mismo, porque al privar al elefante del ejercicio de su libertad, te privas a ti mismo de ejercitar y desarrollar tu propia libertad, y por vivir de su fuerza, perderás la tuya, y por vivir de su poder, perderás el tuyo, y al final del tiempo, cuando reine la libertad, te pasará como al elefante que no sabe sobrevivir en su propio ambiente natural, y te verás como esclavo en el reino mismo de la libertad".

Años más tarde, más maduros los dos, cuando yo debía decidir sobre mi futuro, mi hermano me recordó el cuento del elefante y añadió una prolongación:

"El elefante salvaje que vive en su selva disfrutando de la libertad que reina en ella, encuentra la seguridad en su propio ejercicio, esto es en el desarrollo de su propia habilidad como elefante.

Su seguridad es no dejar de ser elefante, no dejar de ser él mismo, porque tratando de imitar a otro animal de la selva se vería limitado por su propia naturaleza de elefante, por la adaptación natural del poder y la fuerza propios del elefante, que es producto de la especialización de muchas generaciones anteriores de elefantes.

De modo que la verdadera seguridad del elefante está en ser elefante, la del león en ser león y la de la tortuga en ser tortuga.

Todos los elefantes salvajes aprenden de sus mayores las habilidades necesarias para obtener su comida y todos los elefantes salvajes del mundo comen igual, como todas las águilas vuelan igual y todos los leones cazan igual; pues una sola alma, dividida, ánima a todas las águilas y una sola alma, dividida, ánima todos los elefantes. Pero los hombres tienen un alma individual, cada uno posee una fuerza y un saber propios y sus habilidades naturales son diferentes, de igual modo que el elefante no puede imitar al león, tampoco un hombre puede imitar a otro, sin dejar de ser él mismo y sin perder su verdadera seguridad y su verdadera libertad.

Así, siendo lo que son, el elefante, el león y la tortuga encuentran su lugar propio en la selva y aseguran su vida sobre la tierra y aseguran la libertad de sus hijos.

Ser elefante es su seguridad y actuar como elefante, su libertad.

Sólo siendo uno mismo, confiándose sólo al poder y la fuerza propios, ejercitándolos, perfeccionándolos cada día un poco más, alcanzaremos la verdad que somos y sólo esa verdad que somos nos hará libres; porque cada uno tiene reservado su lugar y su función propia dentro de la Macrocreación que es el Universo, al final de su tiempo de desarrollo, su tiempo de gestación. De igual modo que nuestras células y nuestros órganos tienen reservado su lugar y su función dentro de la Microcreación, que es el cuerpo humano, al final de su tiempo de desarrollo, su tiempo de gestación".

Entre la primera y segunda parte del cuento del elefante, hay varios años de ejercicio en la búsqueda de los límites propios de la seguridad y la libertad, por cuenta de mi hermano.

La noticia del abandono de los estudios le sentó muy mal a nuestro padre, que no entendía los propósitos de su hijo mayor, tal vez porque su hijo no los tenía aún suficientemente claros.

Ha sido el tiempo y su propio ejercicio de libertad quien le ha ido descubriendo, paso a paso, su verdadera identidad, dando luz a su entendimiento, a su deber y a su palabra.

De repente, se decidió a dar el primer paso y nos anunció que se marchaba a Madrid para explorar la gran ciudad, tenía 18 años y había solicitado un aplazamiento de su servicio militar.

Se marchó a vivir a un barrio periférico de la capital, en la casa de nuestra tía recién casada, la hermana pequeña de nuestra madre. Con ella y su marido, que era operador de grúa en una obra, vivió sus primeros seis meses de libertad trabajando de peón en la construcción, con el ánimo de aprender del oficio en el que el abuelo había sido maestro.

Después se trasladó a un piso más céntrico, alquilado por estudiantes que conocía desde el colegio, en la calle Meléndez Valdés y allí pasó otros seis meses, vendiendo productos de belleza de puerta en puerta, reconociendo las grandezas y las miserias de la gran ciudad, mientras se ejercitaba en el arte de vender.

Regresó a Toledo y pasó allí otro año, alquilando una casa de planta baja que también le servía de oficina, reunió un equipo de jóvenes de ambos sexos al que enseñó lo que había aprendido sobre la venta y lo puso a trabajar vendiendo productos de belleza.

Con una guía telefónica, desde la cabina de teléfonos más cercana a la casa, mi hermano llamaba al azar y ofrecía un regalo a la señora de la casa por reunir en ella a sus amigas y disfrutar de una demostración que realizaba algún miembro del equipo, de este modo concertaba las visitas a domicilio para todo el equipo de vendedores-as.

Con este sistema vendía bien y así debieron notarlo algunos comerciantes de productos similares, porque un grupo de ellos presentó una denuncia contra él por trabajar sin licencia municipal.

Abandonó Toledo para vivir en Talavera de la Reina y empezar de nuevo, instalándose en el piso de un amigo.

Había tenido tiempo para comprobar que los productos de belleza que vendían, los compraban los clientes más por la gracia de los vendedores que por la gracia misma del producto que prometía juventud y belleza.

Lo que él buscaba, en realidad, era el camino de la verdadera libertad y pensó que no podía trazarse, engañando o exagerando las virtudes de nuestro servicio al prójimo.

Ya había dado el primer paso en el camino de la libertad al alejarse de la seguridad de los padres, y ya conocía varios oficios para ganarse la vida.

Fue entonces cuando decidió cual sería el segundo paso: NO VENDER NADA QUE NO FUERA BUENO, VERDADERO Y ÚTIL PARA TODOS.

También pensó que no debía dar un paso nuevo, dejando detrás deudas sin pagar.

Por esto a su llegada a Talavera de la Reina se había matriculado en el curso nocturno del instituto para terminar el COU que abandonó en Toledo dos años antes.

Consideró que nuestro padre le había pagado el curso completo y por tanto, se lo debía. De modo, que antes de abandonar Talavera, dejó terminado ese curso y a la vez, estudió diversos productos para la venta.

No debió encontrar en Talavera el producto que buscaba para seguir vendiendo porque no formó otro equipo de vendedores y, cuando regresó a Tembleque, su intención era la de fabricarlo por su cuenta.

Pero no sabía nada de fabricar, ni qué fabricar, ni cómo fabricarlo, ni contaba con medios. Su único capital eran sus habilidades y el tiempo.

Necesitaba pues, generar recursos propios y aprender más. Para ello sólo contaba con su poca experiencia y el ejemplo del abuelo, que generaba sus recursos con lo que había más a mano, transformando las piedras en cal para fabricar mortero y las tejas, que hacía con la arcilla, para construir casas. Y antes de jubilarse construyó el cine y se convirtió en empresario de espectáculos, asegurando así su libertad y la seguridad de sus dos hijos varones.

De las actividades aprendidas, ayudando al abuelo, mi hermano eligió el bar, porque era la que necesitaba menos infraestructura. Por entonces, bastaba con un mostrador, unas cámaras de hielo y una parrilla de carbón para improvisar un bar de feria. Mi hermano improvisó bares en las ferias de los pueblos cercanos con un equipo de camareros formado por amigos, del que yo formaba parte.

Había solicitado otro aplazamiento del servicio militar y al año siguiente ya tenía alquilado un bar, fijo, en otro pueblo a 18 Kms. de Tembleque, llamado Villacañas.

Era un negocio cómodo y rentable, abriendo sólo los fines de semana en horario de discoteca, que le dejaba libre entre semana y nos daba trabajo el fin de semana a siete camareros.

Mi hermano no se reservaba para sí mismo el puesto de jefe o empresario que ordena y manda, sino que era el que más trabajaba y eso nos bastaba para seguirle. Yo continuaba mis estudios y le ayudaba, porque además me venía muy bien un sueldo cada fin de semana.

Entre los 17 y los 18 años, mi hermano gozaba ya de una independencia económica y de una libertad que yo admiraba.

Antes de comprar su primer vehículo, al cumplir los 18 años, nos trasladaba a las ferias el marido de nuestra tía en el suyo. Cuando mi hermano compró su primer vehículo, lo compró de segunda mano, cuando podía comprarlo nuevo, por su mala opinión sobre ellos, para no contribuir a la fabricación de más vehículos nuevos con motor de combustible.

Ha usado quince coches y todos a cuál más viejo, soportando con resignación los muchos contratiempos que suelen ocasionar.

Se mareaba menos en coche que en autobús y menos aún si era él quien conducía. Comenzó a viajar por placer, visitando la costa Valenciana y Alicantina. De Alcoy traía ropa usada que compraba por kilos y la vendía por piezas, pero la mayor parte nos la quedábamos los amigos. Se iba de juerga con los amigos a beber y a conquistar chicas, hasta que aprendió a hacer bien ambas cosas, regresando a menudo de madrugada. Todo esto intranquilizaba mucho a mi madre, que era informada por la abuela de todos sus movimientos, pues aún conservaba su habitación en la casa de los abuelos.

Además de divertirse no olvidaba su objetivo de producir y en este tiempo decidió que un taller se ajustaba a sus fines, un taller para producir regalos de madera, usando maderas viejas procedentes del derribo de casas, porque tampoco le parecía apropiado contribuir a la tala de árboles que él no había plantado.

Y en este punto recibió una carta que alteró su rumbo, había olvidado pedir un nuevo aplazamiento para su servicio militar y le daban plazo escaso para presentarse en el cuartel de reclutas de Cerro Muriano, C.I.R. 4, de Córdoba.

Por entonces ya vivía solo en una casa alquilada en el mismo Tembleque, en la calle El Santo.

Regaló su negocio de Villacañas al marido de mi tía y tomó el tren para Córdoba, llevando consigo un saquito de trigo tostado, porque estaba probando la dieta vegetariana y no sabía que comida encontraría en el cuartel. Mi madre le enviaba regularmente paquetes con trigo.

Regresó de permiso a las pocas semanas y se compró un Dodge Dart de segunda mano, con motor de gasoil, con el que recorría los fines de semana el trayecto de Córdoba a Tembleque y viceversa, llevando consigo a otros soldados que no podían pagarse el autobús. Ya no iba a la iglesia ni los domingos.

De su paso por Madrid, Toledo y Talavera extrajo la conclusión de que Dios no gobernaba a los hombres, de que los hombres se gobernaban por ellos mismos y de muy malas formas.

La idea de Dios que nos habían legado nuestros padres y los muy diversos sacerdotes del colegio y los pueblos en que vivimos le abandonó, y en estos años, pretendía la libertad verdadera sin contar con Dios.

Por esto, cabe resaltar, que de sus tres meses en el campamento de formación de reclutas, estuvo los últimos quince días encerrado en un frío calabozo. No sé si por negarse a prestar el juramento a la bandera o por presentar al concurso de murales, convocado entre las diferentes compañías del cuartel, un mural de contenidos pacíficos, donde alertaba sobre los peligros de la fabricación y el uso de las armas, la guerra, la primacía de los intereses privados sobre el bien común y las incertidumbres que presentaba el futuro por estas causas. Contenido que no fue del agrado del jurado, compuesto de oficiales militares.

No sé exactamente porqué se negó a jurar la bandera, pero en esos días había perdido ya al Dios de su infancia y el Dios que le proponían en el juramento le era extraño.

El hecho es que finalmente aceptó participar en una ceremonia privada, en el despacho del Coronel, cambiando el juramento por una promesa, y el asunto del mural quedó olvidado.

Él volvió a encontrar a Dios, cuando en su lucha con el Gobierno ya no quedaba ni tierra para sus pies y se lanzó al vacío antes que rendirse, como se refleja en su diario del TAO, en el día del Viernes Santo, cuando descubre la realidad de Dios en su interior y en la naturaleza y en la totalidad que nos rodea. Comprendiendo su propia razón de ser y la de todos los seres humanos. Explicando nuestra propia presencia en Dios, como se explica la presencia de las células y los órganos que forman nuestro cuerpo, y que, en verdad, vivimos en Dios, en Él nos movemos y Él es nuestra razón de ser. Pero esto fue años después de su estancia en el calabozo.

Tras cumplir su pequeña condena, que le sirvió para profundizar más aún en las causas de su encierro, abandonó el calabozo y el cuartel de Córdoba para pasar el permiso de la jura de bandera en Tembleque, antes de reincorporarse a su nuevo destino, adjudicado por sorteo, en el cuartel de artillería R.A.M.I.X-5, de Algeciras.

Se incorporó a su nuevo cuartel, con destino en la enfermería, pues en Córdoba había solicitado y aprobado las pruebas pertinentes.

Como enfermero, cumplió su servicio militar en el cuartel de Algeciras, ayudando a los médicos a pasar la consulta diaria y cuidando de los enfermos que quedaban ingresados.

Los últimos meses pasaba más tiempo en la calle que en el cuartel, porque todos los días recorría las calles de la ciudad para visitar, en su propio domicilio, a los oficiales de baja por enfermedad o a sus familias, con el fin de poner las inyecciones que el médico prescribía. Era muy apreciado por las esposas de los oficiales, porque cuando enfermaban sus hijos y había que pincharles, los niños querían a mi hermano. También era apreciado por sus servicios en la enfermería del cuartel, por lo que gozaba de cierta libertad, dentro y fuera del mismo.

Su responsabilidad en el botiquín y en la enfermería, unido a que la distancia entre Algeciras y Tembleque es de más de 1.000 Kms., ida y vuelta, fueron la causa de que sólo nos visitara una vez, durante aquel año.

Había cumplido ya, poco más de la mitad de su servicio militar, cuando regresó para disfrutar un mes de permiso. Estuvo con nosotros en el cuartel y también visitó en Tembleque a los abuelos.

Volvió a marcharse llevando por primera vez su viejo Dodge a Algeciras, cargado de útiles del bar que tenía para las ferias, como cafetera, molino de café, plancha de asados, cortadora de fiambres, vajilla y otros elementos necesarios, además de su proyector de cine para películas en 8 mm.

Entre los amigos que tenía en el cuartel y en la ciudad, había electricistas, pintores, artesanos, cocineros, camareros, músicos, actores y de otros oficios.

Reunió un equipo y les pidió ayuda para construir un local, en una playa cercana, con el objetivo de ofrecer una serie de servicios, además de comida, bebida, cine y música. Para lo cual ya había traído de Tembleque los medios necesarios y así poder aprovechar la temporada turística, con el fin de divertirse y ganar algo de dinero que añadir a su exigua paga de soldados.

Todos aceptaron con buen ánimo su iniciativa porque prometía aventura, diversión y reparto equitativo de beneficios, a cambio tan sólo del tiempo libre y el saber propio de cada uno.

La mitad del equipo era del cuartel y la otra mitad de la ciudad, para no limitar su actividad al horario propio del cuartel.

Soldados y civiles, catalanes, andaluces, vascos, gallegos, canarios, madrileños, toledanos y algunos algecireños, trabajaron juntos en aquella playa conocida como Playa de Getares, construyendo el Bar Pirámide, dirigidos por mi hermano.

Al ver su ejemplo, poniendo todo cuanto tenía y sabía en la empresa, el equipo le siguió y cada uno aportó de lo que tenía o sabía. El fotógrafo trajo sus útiles, el artesano los suyos y también algunos de los civiles cruzaron el Estrecho de Gibraltar hasta Ceuta para invertir dinero en la compra de telas y vestidos exóticos.

Nos invitó a la familia a visitarle y también invitó a pasar todo el verano a su gran amigo José Manuel García Serra, estudiante por entonces, que años después sería profesor de Marketing, con el fin de dirigir el negocio en las horas en que mi hermano debía permanecer en el cuartel o haciendo su ronda diaria por la ciudad para poner inyecciones. El resto del equipo también invitó a sus familiares, novias o amigos a pasar unos días con ellos.

Por entonces yo estudiaba magisterio en Toledo y fueron mis padres los que tomaron el tren para Algeciras, para ver a mi hermano y conocer la ciudad. Ellos me contaron su viaje al regresar, a los pocos días.

Durante el viaje habían imaginado una playa llena de tiendas, terrazas y comercios, donde su hijo tendría un hueco para montar un bar, como en las ferias. Pero al llegar a la playa de Getares, se encontraron en una playa grande, tranquila y solitaria, que solo se veía más concurrida por bañistas los fines de semana, de entre 50 y 100 m. de ancha por varios Kms. de larga, bordeada de mar y casas de pescadores que carecían de electricidad, alumbrándose de noche con lámparas de gas.

En el extremo sur de la playa, entre el mar y las casas de pescadores, sobre la arena, se levantaba una estructura circular, de unos 12 m. de diámetro, con el techo en pendiente y rematado en su centro con una gran pirámide de cuatro lados. Todo ello construido con palos y cañas, dejando amplios ventanales, adornados con cortinas de gasa blanca y muy transparente, traída de Marruecos.

La entrada principal daba frente al mar, al entrar podía verse la barra al fondo, de unos 7 m. de larga, con raciones, comidas y bebidas, flanqueada a ambos lados por dos mostradores más pequeños que exponían vestidos y artesanía. Mirando a la derecha se veía la pista de baile, cuyo recinto era una estructura circular más pequeña adosada a la principal. El piso de la pista, también circular, se elevaba 15 cm. sobre la arena, hecho con las piedras de los alrededores y acabado de cemento, con un yin-yan dibujando la superficie, pintado en rojo y azul. También tenía la pista una pantalla de cine y servía para actuaciones de artistas no profesionales. El local estaba concurrido y algún camarero contó a mi madre que una noche tuvieron como cliente al famoso cantante Miguel Ríos.

Mirando a la izquierda del local, desde la entrada, se veían las puertas de acceso a servicios y almacén, también adosados a la estructura principal.

El resto del local tenía el piso de arena, ocupado por mesas y bancos toscos, construidos allí mismo con palos y cuerdas de modo artesanal, suficientes para sentar a la mesa a más de cien clientes a la vez.

Rematando el techo, en el centro del local, se elevaban cuatro troncos de madera sin labrar, de tres metros y otro mayor, central, de 5 m., a modo de columnas, para soportar los cuatro lados de la base piramidal que era la cúpula, y el vértice de la pirámide se apoyaba sobre el palo central más alto, que era un viejo poste de madera de los usados en el tendido eléctrico.

Detrás del mostrador principal, también adosada, estaba la cocina, el laboratorio fotográfico y seis camas-literas hechas de palos atados, con somier de cuerda trenzada, donde dormía mi hermano los fines de semana que obtenía permiso y sus compañeros. Todo esto dentro de una caseta de chapa desmontable, de las utilizadas en las obras para guardar las herramientas, de unos 7m. de largo por unos 4 de ancho, conseguida por mi hermano por mediación del marido de mi tía, a precio de chatarra y posteriormente lijada y repintada.

De noche, las cortinas de gasa que adornaban el techo y las ventanas, cobraban vida, al reflejar la luz de los tubos ultravioletas. A través de las cortinas aparecían difuminadas las figuras de los clientes, iluminados desde el techo por luces de colores, dando la impresión de fantasmas luminosos, charlando, bebiendo, comiendo y bailando.

Todos se divirtieron, ejercitaron sus oficios y salieron satisfechos de la aventura.

Aquel bar se conservará aún en la memoria de cuantos lo conocieron, que fueron muchos, pues tuvo un gran éxito de público a pesar de estar en una playa solitaria y a varios kilómetros del centro de la ciudad.

Me contó mi hermano sobre esta aventura, que lo más difícil había sido convencer a la Compañía Sevillana de electricidad, para colocar un tendido eléctrico desde la carretera, situada a unos 500m. del local.

Se mostraba feliz por este logro, porque al conseguirlo habían acercado la luz eléctrica al barrio de pescadores.

Mis padres regresaron a Tembleque unos días después de su marcha, convencidos de que su hijo no necesitaba una feria para instalar un negocio, porque podía organizar una feria por su cuenta.

Además de llevarles la luz, el bar PIRAMIDE sirvió de inspiración para los vecinos desocupados y en la siguiente temporada empezaron a proliferar los bares en aquella playa.

Con la llegada del otoño, todo fue desmontado y quedó guardado dentro de la caseta de chapa, para el siguiente verano.

Un mes más tarde, se licenciaba mi hermano, junto con sus compañeros de cuartel que fueron regresando a sus pueblos y el equipo quedó disuelto definitivamente.

Pero antes pasaron juntos una semana de descanso, en un chalecito que había alquilado, al desmontar el bar Pirámide y perder su litera para dormir fuera del cuartel. Al otro lado de Algeciras, en la Playa "El Rinconcillo", porque según nos dijo a la familia, se había enamorado de Andalucía y pensaba quedarse, con la intención de abrir el bar al verano siguiente, y ocuparse en algo nuevo durante el otoño y el invierno.

Su intención por entonces seguía siendo la de encontrar un producto, bueno, útil y verdadero, para formar equipos de vendedores y crear canales de distribución.

Un miembro del equipo disuelto, Rafa, el fotógrafo, regresó de su pueblo en Cataluña, para estar cerca de su novia en Algeciras y se quedó a vivir con mi hermano, ayudándole en sus planes, hasta que se casó, un año más tarde.

Vendiendo productos fabricados por otros, pensaba mi hermano ganar dinero para invertir en medios de producción propios.

Con este fin conoció algunas empresas fabricantes que necesitaban vender sus productos, para seleccionar aquel, cuya venta fuera un beneficio, no sólo para el fabricante y el vendedor, sino también para el cliente, la sociedad y la naturaleza.

Tras rechazar muchos productos por malos, falsos o inútiles, se decidió por un filtro purificador de aguas, doméstico, y durante unos meses estuvo probando su venta con la ayuda de su amigo Rafa, el fotógrafo catalán.

El producto era bueno, útil y barato, pero no era verdadero, no contribuía a la solución verdadera del problema, que no pasaba por purificar las aguas al entrar en nuestra ciudad o en el hogar, sino en comprender que, es deber de todos, **VIGILAR QUE NADIE VIERTA EN ELLAS SUS PROPIAS IMPUREZAS.**

MANTENER EN SU PUREZA LAS AGUAS DE TODO EL PLANETA EXIGE DE TODOS NOSOTROS UNA MAYOR DEVOCIÓN, MÁS EDUCACIÓN Y MAYOR RESPONSABILIDAD. PORQUE DE LOS PRODUCTOS QUE CONTAMINAN LAS AGUAS, LA TIERRA Y EL AIRE PODEMOS PRESCINDIR, PERO ENVENENANDO LAS AGUAS, LA TIERRA Y EL AIRE, NO PODREMOS VIVIR.

Mi hermano sufría mucho por estas cosas y trataba de comprender porqué el conjunto de la Humanidad se comporta en el planeta como un niño mal educado, desordenado y revoltoso, que en ausencia de sus padres ensucia, desordena y arruina el hogar. Haciendo un pésimo uso de la seguridad heredada de sus padres y haciendo un uso pésimo de su propia libertad.

"Esta Humanidad parece negarse a crecer", me decía. Apoyándose en la seguridad, que es cosa de niños, se va alejando del Sentido Común, que es cosa de adultos.

"La Seguridad, disfrutada más allá de lo conveniente, relaja la mente y rebaja su estado de alerta y atención al devenir. Se convierte en un vicio para la mente, que sólo se siente segura repitiendo las cosas que ya sabe hacer y se vuelve temerosa para enfrentar los retos y las incertidumbres que son exigencias propias de la Libertad".

"La Seguridad, le es necesaria al niño, para ser niño y la Libertad, le es necesaria al hombre para ser hombre".

"Si lo propio de la Seguridad es exigir la obediencia debida al niño, lo propio de la Libertad es exigir el uso debido del Sentido Común y el ejercicio del Libre Albedrío, La Lógica y La Razón".

"El adulto que antepone la Seguridad al Sentido Común, renuncia a ser hombre, a ser libre. Y como niño, tendrá que ser obediente a las órdenes que le llegan del exterior, de la Seguridad y tendrá que hacerse el ciego y el sordo, a las órdenes que le llegan de su interior, de la Libertad.

Este "hombre" se niega a aceptar las responsabilidades propias de la Libertad, como un pájaro, que por no querer abandonar la Seguridad del nido, no puede aprender a volar".

"Esta Humanidad, en su mayoría, está formada y gobernada por adultos que no han dejado de ser niños. Niños criados y educados por la Seguridad, niños que confunden la Seguridad con la Libertad, porque nunca han conocido la verdadera LIBERTAD".

"LA LIBERTAD NO ES UNA HERENCIA.
LA HERENCIA ES LA SEGURIDAD".

"El pájaro crece seguro en el nido, sus padres le dan Seguridad, pero si no quiere abandonar el nido, los padres no podrán darle la Libertad, porque la libertad del pájaro es volar. Y para volar y conocer la verdadera LIBERTAD, deberá antes abandonar el nido, que es su SEGURIDAD".

La LIBERTAD es una conquista que sólo puede iniciarse con el abandono de la SEGURIDAD.

"Cuando el pájaro abandona el nido para iniciar la conquista de su propia Libertad, sus primeros vuelos son cortos. Saltando va de árbol en árbol ejercitando sus alas, ejercitando su libertad, para vuelos más largos, para conquistar cotas más altas de Libertad".

Pronto renunció mi hermano a seguir vendiendo los filtros que, a su juicio, purificaban el agua y enturbiaban el sentido común.

Conoció entonces a un fabricante de carteles publicitarios que necesitaba un equipo de vendedores como el que formaba él con su amigo Rafa y otros dos recién llegados, un viejo amigo al que no veía en años llamado Zóilo y un amigo de éste, llamado Alfonso. Zóilo acabó por quedarse a vivir en la casa de mi hermano durante varios años, hasta que se casó. La visita de Alfonso duró varias semanas, hasta que mi hermano supo que había abandonado a su mujer y a su hijita, entonces le compró el billete de vuelta.

Mi hermano ignoraba por entonces, los peligros de los plásticos y durante unos meses el equipo vendió carteles publicitarios para los coches, hasta que sé informó a fondo del producto que vendían y perdió su entusiasmo por venderlo, porque la materia prima era un compuesto químico perjudicial para la NATURALEZA.

"No tiene mucho sentido vender plástico presentándolo como útil, porque sólo es útil a corto plazo y muy malo a largo plazo, desde que deja de ser útil". Así cortó mi hermano su aventura vendiendo plástico porque más que aclarar su porvenir, lo contaminaba.

La búsqueda del producto a vender, en Algeciras, empezaba a cansarle, porque parecía sumamente difícil encontrarlo. Entonces decidió que, aún sin medios, para producir algo propio, debían intentarlo. Crear algo por ellos mismos que además de bueno, útil y verdadero, pudiera venderse.

Sólo contaban con la fuerza y el saber propios de un fotógrafo, un vendedor y mi hermano, que igual actuaba de empresario como de obrero multifuncional, con una visión propia de la realidad que capta el valor profundo de las cosas. En pocas semanas probó, una vez más, que sabe aprovechar sus recursos por escasos que parezcan, creando un producto nuevo que podían fabricar y vender por ellos mismos.

"Cuando uno no tiene nada, le quedan las ideas, y una buena idea puede sacarle a uno de la nada", solía decirme.

El producto que ideó, a la medida de sus recursos, fue un cuadro de madera, un producto que Zóilo bautizó con el nombre de Banós.

Era una tabla de madera de 30x40 cm. enmarcada también en madera, con la imagen deseada por el cliente, transferida a la tabla a partir de una fotografía.

Cada miembro del equipo ejercitaba su función propia y el resultado final era un producto nuevo en el mercado.

El primer paso lo daba Zóilo, en su papel de vendedor, saliendo cada mañana con uno o dos cuadros de muestra bajo el brazo, con la imagen de un niño o de una guapa actriz de cine. De puerta en puerta mostraba los cuadros y el cliente que aceptaba la oferta recibía en su casa a Rafael el fotógrafo, para hacer seis fotos que él mismo revelaba en la casa. Una vez reveladas, el cliente seleccionaba la de su gusto y a partir de esa foto mi hermano transfería la imagen a la madera y la enmarcaba.

Su mayor clientela fueron los niños, pues no eran pocas las madres que deseaban tener la imagen de sus hijos sobre una madera enmarcada decorando la pared.

También tuvieron muchos clientes difuntos porque Zóilo, perfeccionando su técnica de vendedor, una vez que el cliente se mostraba satisfecho con la compra, le preguntaba si guardaba la foto de una persona querida que hubiera fallecido. Así también eran muchos los que decidían sacar la vieja foto del abuelo u otro pariente del álbum familiar, para tenerla colgada en la pared.

El producto no dañaba a nadie, era puramente decorativo y se vendía bien, pero no podían fabricar mucho sin local ni herramientas.

Para revelar las fotos y fabricar los cuadros improvisaron un laboratorio y un taller en dos habitaciones del chalecito, sin espacio suficiente ni herramientas adecuadas, lo llamó laboratorio y taller, sin parecerlo siquiera, porque de allí salían cuadros, pero para cortar las maderas, imprimir las imágenes y enmarcar los cuadros, mi hermano sólo disponía de un serrucho de mano, una escuadra, martillo y clavos, además de algunos útiles y plantillas hechos por él mismo.

Esta aventura supuso un duro ejercicio para él, pero con ello estudiaba las posibilidades del producto, su venta y su mayor producción.

Faltaban dos meses para el inicio de la temporada, y abrir de nuevo el bar Pirámide significaba disponer de mayores recursos y mayor crédito para instalar un taller en un lugar adecuado a sus necesidades.

Pero el destino tenía otros planes, porque a pocos días de comenzar el montaje del bar, un incendio de origen desconocido lo dejó destruido por completo, mientras aún estaba desmontado dentro de su caseta metálica.

Ni los vecinos, ni los guardias de la playa pudieron explicar este suceso, porque no vieron a nadie acercarse a la caseta antes de ver salir el humo. La explicación manejada por los guardias culpando a un cortocircuito fue rechazada por mi hermano, porque la luz dentro de la caseta estaba cortada desde el contador y no había material combustible cerca del mismo, aislado en el interior sobre la pared metálica de la propia caseta.

A falta de mayor experto en incendios, éste quedó sin aclarar.

Pero mi hermano se quedó con la sospecha, que no pudo probar, de que el incendio debió ser provocado desde fuera, por los agujeros de ventilación de la caseta, prendiendo la caña y los palos que ocupaban parte del interior.

Los mismos agujeros de ventilación convirtieron el interior en un horno que llegó a fundir el techo metálico de la propia caseta, dejando inútiles todas las máquinas, cámaras, frigoríficos y las nuevas adquisiciones en luz y sonido que hizo durante el verano anterior, además de los útiles que trajo de Tembleque.

Él calificaba de milagroso que nadie viera a nadie provocarlo a pleno día. Pero acabó por resignarse.

No tenía contratada ninguna póliza de seguros porque se negaba a asegurarse el futuro.

Cuando yo le recriminaba y le pedía explicación por tal comportamiento, él me la daba:

La Seguridad no puede asegurar el futuro, me decía, porque la Seguridad no conoce el futuro, ni el suyo ni el mío. Yo en cambio si conozco el mío, camino hacia la libertad; y la Seguridad no puede asegurar la libertad ni la suya ni la mía. **Sólo la rectitud de mis propios pasos, el buen uso de mi propio juicio, pueden asegurar mi Libertad y sólo el buen ejercicio de mi Libertad, me permitirá conquistar el Amor verdadero, la verdadera Seguridad.**

Cuando yo le demandaba mayor explicación él también me la daba:

"A la hora de la verdad, cuando nos urge la necesidad, es la Solidaridad y el Amor del prójimo quien puede llegar a tiempo de darnos socorro y evitar nuestra desgracia aún mayor, antes que llegue la Seguridad, siempre ensimismada y bien arreglada, más preocupada en evaluar sus pérdidas, que son los gastos de nuestro funeral".

La Seguridad no puede interesarse por nuestro futuro, a ella sólo le interesa nuestro pasado y según sea la valoración de nuestro pasado será su aprecio por nuestro futuro.

Lo único que puede conocer la Seguridad es el pasado y por ello, le encanta ordenar el pasado y guardarlo en numerosos archivos.

Ella sabe mejor que nadie, por su larga experiencia, que nada es seguro en este mundo en constante renovación y por eso, también es ella, quien más miedo tiene del futuro, siempre incierto por imprevisible, porque siendo ella quien más guarda, es, por tanto, quien más tiene que perder y quien más teme perderlo todo, pues su miedo ancestral a la SOLEDAD ha ido creciendo a lo largo de los siglos hasta convertirse en el terror actual, el terror que está dispuesta a causar para sentirse más segura, antes que bajarse de las espaldas de la Libertad para pisar ambos la tierra, de igual a igual.

De modo que la verdadera intención de la Seguridad no es asegurar nuestro futuro, sino su propio pasado. Por ello se afana en proyectar sus miedos sobre sus propios hijos, haciéndoles temer el Futuro y la Soledad. Haciéndoles creer que vivirán más seguros, si la sostienen a ella, con su propia libertad.

La Seguridad que propone a sus hijos, a cambio de su libertad, es un timo, como el juego o la lotería, que dice ser la que más da cuando es ella la que más toma y la que menos da.

Todo cuanto puede hacer la Seguridad es continuar su loca huida hacia ninguna parte, arrastrando su pasado consigo, engordando sobre la Libertad, hasta ser reconocida y desenmascarada por sus propios hijos, por su falso proceder, traicionando el verdadero propósito de su existencia, que era y sigue siendo, recrear la UNIDAD DEL AMOR Y DEL SABER EN ESTE MUNDO, LA HUMANIDAD.

A duras penas La Libertad ha ido siempre abriendo camino, no sólo porque es la única que tiene los pies en la tierra sino porque es la única que posee la inspiración del saber. Mientras la Seguridad, siempre bien acomodada, más pendiente de su propia imagen, sólo ha contribuido a su propio bienestar.

La ignorancia es la cadena más sólida para atar a la Libertad, los eslabones de esta cadena están formados por engaños y mentiras, y la cadena es tan larga como el tiempo que llevan juntos la Seguridad y la Libertad.

La Seguridad no es un cuerpo separado de la Humanidad, no es una Bestia que puede abatirse como un dragón. La Seguridad es el corazón mismo de la Humanidad, es el corazón mismo de la Libertad y siguen viviendo juntos, aunque han fragmentado su HOGAR en millones de hogares y su enfrentamiento sigue vigente en todos los hogares, pues todos proceden del mismo hogar y han heredado el mismo enfrentamiento.

Lo que no supieron hacer nuestros primeros padres nos corresponde hacerlo a nosotros, sus hijos, porque el tiempo dado a la pareja original para desarrollar la UNIDAD, se agota en esta generación.

Antes que llegue El Sembrador de la Humanidad:

- Ha de terminar la guerra que se oculta en los hogares. Privando a los hijos de su debida Seguridad y su debida Libertad.
- Ha de terminar la guerra que se evidencia fuera del hogar, en los centros de poder levantados por la Seguridad, para controlar los pasos de la Libertad. Privando a la Sociedad de su debida Libertad y de su debida Seguridad.
- Ha de terminar la guerra que se exhibe a la vista de todos, entre la Seguridad, siempre armada y protegida hasta los dientes, y la Libertad, siempre desarmada, desprotegida y con pocos dientes. Privando a la Humanidad de su debida Seguridad y su debida Libertad.

Esta guerra no puede librarse en un campo de batalla, ni puede vencerse al enemigo, la guerra sólo puede acabar con la rendición de ambos a su misión original, LA UNIDAD.

Cualquier pareja sabe, por experiencia, como lo supo la pareja original, que unos hijos heredan más el carácter del padre y otros el de la madre, de modo que es fácil para los padres caer en la tentación de tener hijos favoritos entre sus hijos, profundizando las diferencias entre ellos, en lugar de entregarse ellos mismos a salvar la diferencia entre sus hijos, explicándoles que son semillas de Seguridad o de Libertad, enseñándoles a convivir con respeto y tolerancia y a buscar su propio desarrollo, contribuyendo al desarrollo de la Unidad Familiar, porque si su desarrollo no hace más fuerte y más sabia, que es, más segura y más libre, a su Unidad Familiar, tanto más inútil resultará para la Unidad Mayor, LA HUMANIDAD.

La primera pareja original, la formaban una semilla de Seguridad y otra de Libertad.

Ella poseía el Amor, y él poseía el Saber.

Ella poseía la fuerza verdadera y él poseía el poder verdadero.

Ella poseía la Seguridad y él la Libertad de la familia que debían recrear.

La ley que rige el desarrollo de la pareja, es la misma para plantas, animales y seres humanos y por ella, el primer hijo de la pareja heredará siempre el carácter propio del padre, la Libertad y el segundo hijo, heredará el carácter propio de la madre, la Seguridad. Así

sucesivamente sucederá con los demás hijos, de modo que los hijos impares serán semillas de sabiduría, de libertad, y los hijos pares serán semillas de amor, de seguridad.

Los impares serán más mandones, inconformistas y celosos; los pares serán más obedientes, conformistas y envidiosos.

La tarea de los padres es enseñarles a corregir su propio carácter, para complementarse y ser útiles a la familia y por tanto a la Humanidad.

En la primera pareja original, la seguridad era la mujer y la libertad era el hombre, el primer hijo de la pareja fue un varón y heredó el carácter del padre; el segundo hijo también fue un varón y heredó el carácter de la madre, de modo que el sexo dejó enseguida de ser distintivo entre la Seguridad y la Libertad, porque la semilla de la Seguridad puede habitar también en el hombre, como en la mujer puede habitar la semilla de la Libertad. Pero siempre el primer hijo de la pareja será una semilla de Sabiduría, de poder, de Libertad, sea cual sea su sexo y el segundo hijo, será una semilla de Amor, de fuerza, de Seguridad, sea cual sea también su propio sexo. Hay parejas donde la madre es la semilla de la Sabiduría y el padre es la semilla de Amor, pero esto no cambia el orden en que llegan los hijos, ni la naturaleza de la misión encomendada a la pareja.

"Sólo el fin de este enfrentamiento, entre esposos, entre hermanos, entre vecinos, entre partidos, entre pueblos y naciones, que es el enfrentamiento entre la Seguridad y la Libertad, permitirá a la Humanidad ser la UNIDAD que debe ser a la hora de la cosecha, cuando llegue El Sembrador".

En el centro de un desastre, mi hermano era capaz de pensar con claridad, y era esa claridad quien le mantenía firme y hasta cierto punto, indiferente, ante la pérdida de sus medios económicos y sus esperanzas más inmediatas. Circunstancias del destino que le hacían retroceder cuando su intención era avanzar. Entonces decía...

"¡Si ya no tiene remedio!... ¿Para qué sirve lamentarse?".

La Seguridad no gusta de correr riesgos, sólo pisa sobre terreno conocido, reconocido, escriturado y asegurado.

La Libertad, sin embargo, ha de correr con todos los riesgos, su camino es rico en situaciones nuevas e imprevisibles que ponen en ejercicio nuestras facultades, para sufrir, responder y resolver cada situación, desarrollando así nuestra capacidad propia, nuestros mecanismos de respuesta naturales, que si no ejercitamos se van debilitando hasta quedar atrofiados.

El camino de la Seguridad está trazado de antemano y sólo hay que seguir los pasos, más deprisa o más despacio, a voluntad. Pero **el camino de la Libertad hay que ir trazándolo despacio, para discernir paso a paso, los pasos que son verdaderos de los falsos, porque bastará un solo paso en falso, para perder el camino.**

El camino de la Libertad, conduce a quien lo sigue hasta su verdadera identidad, y sólo esa identidad verdadera, le dará la verdadera Libertad y la verdadera Seguridad.

Para ello, cada uno ha de emprender en solitario su propio camino, su propia conquista individual, su propia conquista de la verdad que es La Libertad.

Como hacen las semillas, que terminan por crear el bosque, entregada cada una a su propio desarrollo individual, para descubrir su verdadera riqueza interior y el placer de hacer sus propios frutos.

Sólo los frutos propios les dirán a todos quién somos, sólo nuestros frutos nos dirán cual es nuestro lugar propio y nuestra función propia en la UNIDAD, LA HUMANIDAD.

**Como no hay dos hombres iguales no habrá dos caminos iguales.
El reto es el mismo para todos.**

Como ningún pino hace las piñas de otro, ningún hombre engaña a la Verdad al presentar como propios los frutos de otro.

Ningún árbol del bosque necesita tomar de los otros árboles para poder dar sus propios frutos y de igual modo, cuando reina la Verdad, ningún hombre toma de otro para vivir, porque todos viven para dar y nadar en la abundancia.

La culpa de la necesidad la tiene el temor a la Libertad. Como la semilla que no germina para no perder su cáscara de seguridad.

La Humanidad no conocerá la abundancia hasta que deje de temer la Libertad y deje de aferrarse por todos sus medios a la Seguridad.

La Seguridad es para los niños, que deben portarse como niños y obedecer el libre albedrío de sus mayores.

La Libertad es para los hombres, que deben portarse como hombres y ejercitar su libre albedrío.

Sin contrariar EL SENTIDO COMÚN, LA LÓGICA Y LA RAZÓN, que son la verdadera Herencia de Seguridad y Libertad que el ser humano recibe de sus Mayores.

Como la Seguridad es propia de niños, y por la Seguridad nos dejamos guiar. Como niños estamos hipotecando el mundo y malgastando sus bienes.

Debemos perder el miedo a la Libertad y correr con todos sus riesgos, antes de que la Seguridad arruine el mundo, con su viejo deseo de tenerlo todo asegurado.

La Seguridad no puede sostenerse a sí misma, ni tan siquiera mantenerse puede, no tiene recursos naturales propios y por ello debe recibirlos.

La Seguridad ha de ser sostenida por la Libertad, tomando para su mantenimiento y desarrollo los recursos propios de la Libertad.

La Libertad, en cambio, es capaz de avanzar por sí misma y sus recursos propios son inagotables. Pero tampoco sabrá mantenerse sin la Seguridad.

La Seguridad ha de ser mantenida por la Libertad, para que ambos disfruten de Libertad y la Libertad ha de ser administrada por la Seguridad, para que ambos disfruten de Seguridad y sobre este Cimiento Real crecerá la Nueva Unidad.

Pero ésta ha de ser una entrega mutua, la Unión del Amor y la Sabiduría, por propio Conocimiento y por propia Voluntad.

De otro modo la Libertad del uno será la hipoteca del dos y la Seguridad del dos será la hipoteca del uno. Y no avanzarán.

EL UNO Y EL DOS, el Padre y la Madre.

LA LIBERTAD Y LA SEGURIDAD.

Aunque lleva las riendas de la Libertad, la Seguridad no sabe dirigir sus propios pasos, no tiene la visión del futuro propia de la Libertad, por ello está condenada a seguirla y por no querer seguirla se le ha subido encima.

En su carácter no está el instinto para sobrevivir, sino el instinto para administrar la supervivencia conseguida por la Libertad, con la Equidad y la Justicia, que sólo ella, por su

Amor propio, sabrá administrar en beneficio de todos, antes que en el suyo propio. Como sólo cualquier madre sabe hacer, desde siempre.

Aunque mi hermano aceptó la pérdida provocada por el misterioso incendio del Bar Pirámide, como un paso más en su camino, el desastre resquebrajó la unidad del grupo y Rafa, el fotógrafo, anunció su intención de casarse para disfrutar la seguridad que le ofrecía su futuro suegro.

Como para compensar, llegó otro amigo de la provincia de Toledo, Florencio, un aparejador recién licenciado, dispuesto a correr alguna aventura, decidió quedarse unos días y acabó por permanecer un año ayudando a mi hermano.

El incendio del bar Pirámide, obligó a mi hermano a dejar la planta baja del chalet que habitaban, para alquilar otra casa más económica que encontraron a unos cientos de metros del mar, en la misma barriada de "El Rinconcillo", en la calle Gavilán, 23.

Se encontró en la nueva casa viviendo con Zóilo, su ayudante más incondicional, con Rafael, en periodo de despedida y con Florencio, en periodo de bienvenida.

Su economía había quedado muy mermada por el pago de la fianza y el alquiler de la nueva casa, a la que habían llegado para reducir gastos.

Necesitaba una idea, aplicable con los medios disponibles, que eran bien escasos, y la necesitaba con urgencia.

No podían avanzar en la fabricación por falta de espacio y herramientas, y el bar que podía generar tales recursos, había muerto.

Faltaba poco más de un mes para el inicio de la temporada playera y mi hermano no pudo resistir la tentación de estudiar a fondo las posibilidades de negocio que presentaba la playa "El Rinconcillo".

Al contrario de la Playa de Getares, que encontró libre y solitaria, ésta playa estaba totalmente ocupada y las zonas de propiedad pública eran parceladas y ofrecidas en subasta por el Ayuntamiento de Algeciras.

Ni siquiera con dinero para pujar en la subasta, se podía disponer de un hueco en la playa para instalar un negocio, según le dijeron los entendidos del barrio, porque cada año eran los mismos los que ganaban la subasta y estaban dispuestos a perder dinero, antes que dejar entrar a alguien nuevo, como habían probado en varias ocasiones.

Pero mi hermano siguió paseando arriba y abajo por la playa, para asegurarse por sí mismo. Paseó y paseó durante medio día y no encontró forma de ocupar lugar en la playa. Siguió paseando hasta que se le hizo de noche, y en la noche, vio lo que no veía a la luz del día.

No había un espacio libre para él en la playa, pero si lo había en el tiempo, en la noche.

Todos los locales y los espacios subastados, cerraban de noche, quedando las terrazas desiertas, con las sillas y las mesas apiladas a merced de los juegos y los caprichos de los adolescentes del barrio.

Encontró que había un modo de disponer de un lugar en la playa, ¡el mejor lugar de la playa para sus fines! Pero debía realizar el plan de noche, y tenía que agacharse para poder entrar.

Eligió la mejor terraza de la playa, la más cercana a la parada del autobús, con un gran parking y camino asfaltado hasta la misma playa, quedando la terraza a la izquierda del camino y el bar a que pertenecía, a la derecha. La terraza era tan sólo un suelo de cemento para colocar mesas y sillas con un techo de cañas; delante de la terraza, había unos metros de arena hasta el mar y detrás una fila de 24 duchas que la protegían del viento de Poniente, haciéndola más acogedora, y al final de las duchas, una pequeña habitación que servía de guardarropa. En total, la superficie de la terraza delante de las duchas era de 150m²., repartidos en unos 5m. de ancho por 30m. de largo.

De día, las duchas y el guardarropa eran usados por los bañistas y por ese motivo eran atendidas por un empleado del Ayuntamiento, mientras que la terraza, ocupada de sillas y mesas, era atendida desde el bar, separado de la terraza por el camino hasta la playa. Esta terraza con duchas y guardarropa, era conocida como la terraza del Balneario Municipal, porque a las duchas y al guardarropa se le llamaba El Balneario Municipal. El bar, junto a la terraza, que se adquiría en la subasta, se le llamaba el bar del Balneario.

Mi hermano se informó de quién había obtenido la explotación de aquel bar y aquella terraza, resultando ser Don Andrés, el mismo que le había alquilado la nueva casa en la calle Gavilán.

Este detalle le animó a contar su plan para ocupar la playa al resto del equipo, que dio su aprobación, aunque para realizarlo hubiera que entrar agachados y aprovechando la noche.

El plan era infalible porque contaba con todas las partes y a todas beneficiaba.

Para llevarlo a cabo había que empezar por inclinarse ante Don Andrés, un hombre mayor, conocido y respetado empresario de hostelería, dueño de una cafetería en el corazón del paseo marítimo, que pujaba todos los años por el bar del Balneario, más por seguir su tradición que por necesidad.

A Don Andrés no le resultó extraño que sus nuevos inquilinos de la calle Gavilán, quisieran hacerle una proposición, pero sí le resultó extraña la proposición que escuchó:

"Mejor que nadie sabe Ud. Don Andrés, que cada atardecer, al término de la jornada, sus empleados pliegan las mesas y las sillas de la terraza para resguardarlas durante la noche y aun así, los gamberros del barrio le rompen algunas de cuando en cuando.

Lo que venimos a proponerle es que nos de su permiso para cuidarle la terraza, cuando Ud. cierra el bar, al atardecer. Barreremos la arena, recogeremos las mesas y las sillas, vigilaremos hasta que los gamberros se van a dormir de madrugada y así, cada mañana encontrará Ud. la terraza limpia y ordenada.

Por este servicio no pretendemos que nos abarate el alquiler acordado por la casa, ni pretendemos cobrarle nada, porque Ud. no necesita este servicio, que tan sólo le viene de perlas.

Pretendemos pagarle nosotros a Ud. por confiarnos la custodia de la terraza desde el atardecer".

Le hizo gracia la oferta porque en tono divertido pidió mayor explicación, y la recibió:

Estaban de pie, apoyados en la barra del bar de Don Andrés, hacia las doce del mediodía, los bañistas que venían del autobús pasaban junto a ellos por el camino hasta la playa y al otro lado del camino empezaban los 33m. que tenía la terraza.

"Aquí mismo, Don Andrés, a este extremo de la terraza pondremos una pantalla de cine, y al anochecer llamaremos a los niños que pasean con sus padres por la playa, con películas de

dibujos animados; para los padres improvisaremos una cocina, al otro extremo de la terraza, junto al guardarropa, lo más lejos posible de su bar para no causarle ninguna molestia, y puesto que su especialidad es el pescado, no serviremos ningún plato de pescado. Así nuestros horarios, cocina y clientes serán diferentes.

Por supuesto, retiraremos cada noche la pantalla y la terraza estará lista para Ud. cada mañana".

No me parece mal, dijo Don Andrés, y como viejo negociador se apresuró a preguntar:

- ¿Cuánto pensáis pagarme por el alquiler de los veinticinco juegos de mesas y la terraza?
- "La misma cantidad que Ud. ha pagado en la subasta para alquilar el bar y la terraza".
- Me parece bien, contestó y con un apretón de manos sellaron el trato.

Mi hermano no tenía dinero, pero las empresas proveedoras de bebidas, frigoríficos y máquinas para hostelería, que le habían servido sus productos el verano anterior en la playa de Getares, confiaron en su palabra y aceptaron un pequeño retraso en el pago.

En quince días, el equipo estaba listo para servir la terraza. Con una cocina y un mostrador propios que hizo mi hermano, mientras el resto del equipo embellecía la terraza con palos, cañas y plantas.

Con su proyector de cine, consiguió que aquella terraza fuera visitada por clientes desde el primer día; sus ricos platos, servidos con gracia por Florencio y Zóilo, aseguraron la clientela, que no dejó de aumentar hasta el fin del verano y por ello, se hizo necesario contratar otros tres trabajadores.

Al final del verano mi hermano ya había recuperado su palabra empeñada, pagando a todos sus proveedores y a Don Andrés, en los plazos convenidos, y cursó una solicitud al Ayuntamiento a nombre de Florencio, al que había nombrado Director, por sus buenas dotes de mando, durante el verano.

En pocas semanas, el Ayuntamiento aceptó la oferta de mi hermano concediendo la explotación de la terraza y las duchas municipales para todo el año.

Antes de cursar la solicitud, Florencio había aceptado la invitación de mi hermano para quedarse todo el año como Director y ocuparse del bar todas las noches, con los empleados contratados en verano, mientras que durante el día, sería mi hermano con Zóilo quien se ocuparía de cambiar la estructura de cañas alrededor de la terraza, por otra más sólida de cemento y cristal.

Por este motivo, los trabajadores contratados no habían sido despedidos y estuvieron parados cobrando su sueldo, hasta que el Ayuntamiento dio su aprobación a la solicitud de mi hermano.

Con los beneficios del verano, pudo pagar los sueldos durante unos cuatro meses y adquirir los materiales necesarios.

Durante este tiempo les enseñó el oficio, nombró capataz a Florencio y él se reservó la tarea de idear, proyectar y construir su propia obra, ayudado por Zóilo.

En esos cuatro meses levantó las paredes de ladrillos, techó la terraza, fabricó puertas, colocó ventanas de aluminio y dotó al local de calefacción, construyendo dos chimeneas que se alimentaban de la madera que arrastraban las olas hasta la playa.

Agotado el dinero para seguir pagando a los trabajadores, ya reunía el local las condiciones imprescindibles para ofrecer sus servicios, mi hermano los devolvió a sus oficios de cocineros y camareros bajo la dirección de Florencio, durante las noches, para atender el negocio. Reservándose a Zóilo como ayudante, durante el día, para reciclar mil metros de tubo, comprados en una chatarrería, convirtiéndolos en 120 butacas y 30 mesas, para sustituir el mobiliario de Don Andrés. Cortando Zóilo los hierros y soldándolos mi hermano.

Así, paso a paso se fue levantando la obra que él quería presentar como su ejemplo de rectitud.

La empresa recibió el nombre de TAO - EL BAR -

Tres años más tarde me incorporé yo, con mis estudios terminados y recién licenciado del servicio militar, que cumplí en Madrid.

Llegue con sed de aventuras, antes de empezar a ejercer con mi título profesional, como había hecho anteriormente Florencio, que había regresado a su pueblo, también para casarse, hacía ya dos años.

Desde la marcha de Florencio, la empresa estaba consolidada con su propia clientela y cumpliendo todos los requisitos legales.

La mayor parte de esos dos años los pasó mi hermano en Tembleque, investigando y construyendo una máquina para hacer cuadros y otros productos de regalo, regresando ocasionalmente a Algeciras para realizar labores de reparación, mantenimiento y desarrollo de la empresa.

Zóilo permaneció en Algeciras, en la casa de mi hermano, como ángel guardián de la casa y del TAO, conviviendo con el Director que nombraba mi hermano cada año; no como una condición sino porque a todos les dio por pensar en casarse después de un año, pues además del sueldo, el seguro y las comidas, también les dejaba al frente de la casa, con la única condición de respetar su habitación y la de Zóilo.

Por ello, además de Zóilo, la casa fue habitada también por dos Directores antes de mi llegada. Después de Florencio, la casa fue habitada por una pareja de artistas, amigos de mi hermano, María y Fernando, él, pintor de cuadros, burgalés, y ella, ceramista, toledana. Ambos se conocieron por mi hermano y años más tarde se casaron. El siguiente inquilino antes de llegar yo, fue otro amigo, Javier, conocido en el cuartel, también natural de Burgos, que llegó buscando trabajo como vendedor y se vio dirigiendo el TAO.

De manos de este Javier recibí yo la dirección del TAO.

Resultó excitante para mí, recién licenciado con el grado de Cabo Primero, recibir la dirección de una empresa y unos trabajadores con plenos poderes, porque me había acostumbrado a dar órdenes y también a recibirlas, pero sobre todo a darlas.

Mi hermano no me dio un trato distinto al de los anteriores Directores, no me hizo firmar nada, para asegurarse mi obediencia ni la propiedad de su empresa.

Mostraba su desapego a lo que había logrado y sólo exigía libertad para lograr más y seguir entregando. Simplemente te confiaba, su empresa, sus trabajadores y las llaves de su casa, te ponía al tanto de todo y te decía que te iría confiando más, sólo pedía que

mantuvieras satisfechos a todos y daba un orden a las prioridades, que consistía en satisfacer al cliente, los proveedores, los empleados, los alquileres y los impuestos antes de cobrar tu sueldo, de modo que si el negocio caía, lo notara antes que nadie el bolsillo del Director.

Él no actuaba como dueño y señor de la empresa, no vigilaba la labor de los empleados ni la del Director, aunque sí exigía la mayor puntualidad en los libros de contabilidad, como lo exigía el Gobierno. Él se limitaba a perfeccionar la empresa dedicándole sus días y acudía de noche acompañado de Zóilo, para cenar.

Sólo si enfermaba algún empleado, acudía para cubrir la vacante que fuese, puesto que era él mismo quien había creado los puestos de trabajo en la empresa y capacitado a los trabajadores.

En la práctica diaria era el mayor servidor de la empresa y Zóilo su guardián, con orden de no intervenir; para poder ser testigo imparcial, durante los meses que mi hermano pasaba en Tembleque.

Todos los trabajadores teníamos en la empresa nuestro sueldo fijo, contratos indefinidos con Seguridad Social y libertad para comer y beber como en nuestra propia casa.

Sin embargo, él no tenía sueldo ni Seguridad Social, y en esto también le seguía Zóilo, para no ser menos. Se conformaban con las sobras de la empresa, la comida y la cama.

Yo debía ponerme al frente de la Empresa, abriendo cada noche, para dirigir con mi propio ejemplo a los empleados y pagar puntualmente todos los gastos fijos, conforme a lo ordenado, que me daba el primer lugar para mandar y el último para cobrar mí sueldo.

Solo si sobraba dinero a fin de mes lo recibía mi hermano, pagaba a Zóilo, se mantenía él mismo y podía seguir invirtiendo en materiales y herramientas para el total desarrollo de la empresa.

Cuando no sobraba nada o casi nada, lo que solía suceder en los meses de invierno, pues no recibía nada y entonces, solía cambiar de actividad haciendo tareas que no requerían invertir dinero pero sí tiempo y esfuerzo. Él depositaba su total confianza en mí y no pedía cuentas de ingresos ni de gastos, de modo que era mi propia honestidad su único seguro.

Todos los Directores recibimos la misma oferta por su parte y todos la aceptamos encantados. La actuación de cada uno está guardada en la memoria de Zóilo, el guardián del TAO.

Con el inicio de mi gestión, aumentó la clientela habitual del TAO, que había mermado con la gestión de Javier.

A los pocos meses me dijo que podíamos subirnos el sueldo toda la plantilla, cosa que hicimos, porque durante mi primer año como Director del TAO, conseguí dinero suficiente para que pudiera por fin, comprar sus primeras máquinas para trabajar la madera, pero surgió otro imprevisto:

Don Andrés, el propietario de la casa, ya retirado de los negocios, quería formalizar su testamento y necesitaba desalojar la casa o venderla.

Ante la opción de verse desalojado, mi hermano se decidió por comprarla porque ya estaba muy ligada a la empresa.

En la casa anterior que habitó mi hermano, el chalecito alquilado, era de dos plantas y la de arriba estaba habitada por el propietario del chalet, un carpintero jubilado y su esposa. De modo que mi hermano andaba siempre escaso de espacio.

Tampoco tenía espacio en la casa de Don Andrés, aunque tenía dos plantas con terraza, porque Don Andrés se había reservado la planta baja, con entrada desde la calle, para almacenar sus cosas.

De modo que al comprar la casa, que ya disfrutaba en alquiler desde hacía varios años, recibió con alegría un nuevo espacio disponible en la planta baja de la casa y en ello vio la oportunidad que acariciaba para poder renovar la cocina del TAO, porque se había quedado muy pequeña para satisfacer la demanda.

El local bajo la vivienda medía unos 100m². y en ellos empezó a proyectar una solución al problema de la cocina y de paso, abordar otra cuestión que le amargaba.

La empresa mientras tanto, marchaba muy bien y sobraba dinero para invertir, pero él pensaba que la empresa no estaba terminada. Su función aún no era la más correcta, aunque sí lo fuera su rentabilidad económica, pues ya operaba al máximo de su capacidad.

Él consideraba que la empresa no seguía el camino correcto, que no estaba aún bien enfocada porque, si bien producía beneficios humanos y económicos, le faltaba producir beneficios sociales y ecológicos, para estar en armonía con la Madre Naturaleza.

Entonces me dijo: "voy a construir con la ayuda de Zóilo, un horno de pan, alimentado con leña, en la planta baja de la casa, para que puedas triplicar la capacidad de la cocina del TAO y puedas servir tu propio pan, además de tener tu habitación calentita, porque habrá un horno bajo el piso".

Esto de la habitación es porque sabe que soy friolero y me estaba preparando para echarme un jarro de agua fría.

"El objetivo de las obras que voy hacer en el almacén no es sólo añadir capacidad y nuevos platos a la cocina del bar, sino eliminar la venta de todos los que contienen carne de animales de cualquier especie".

He estudiado lo suficiente sobre alimentación y he probado y comprobado todas las dietas conocidas para saber, que alimentarse de animales muertos es la causa de la mayoría de las enfermedades y dolores que sufre la humanidad.

Sabiendo esto, es inaceptable para mí y debería también serlo para ti ganar dinero perjudicando la salud del prójimo, aprovechando sus malos hábitos y su inocencia.

La mayoría han crecido educando sus paladares con el gusto por la carne, igual que nosotros; y del mismo modo que nosotros ya hemos hecho, ellos tendrán que discernir por sí mismos, si están comiendo lo que es debido, para mantener la salud y la vitalidad propias del Ser humano, o si están comiendo lo que no es debido y por ello andan buscando salud y vitalidad por los hospitales.

Las librerías están llenas de escritores que han dejado de comer animales y todos cuentan las mejoras experimentadas en su salud y su equilibrio emocional y mental. Y los dos sabemos que es verdad, porque hace años que dejamos de comer animales y no nos falta alegría ni salud ni vitalidad.

Siendo la pura verdad lo que me decía, yo escuchaba con oídos de empresario y para mis oídos resultaba una locura que me haría perder la clientela y el prestigio conseguido. Por poner un ejemplo, la hamburguesa del TAO era famosa en Algeciras, era el plato más vendido, y era de carne.

Viendo la cara que yo ponía, pensando en las consecuencias de su decisión, intentó rematar su "faena" diciéndome algo así como... **"no podemos empedrar con piedras falsas el camino verdadero"**.

Yo no sabía por donde dar salida a las negativas que surgían de mi mente, y por unos instantes, me vino a la memoria nuestra propia historia de hermanos que no discrepan por primera vez; habíamos discutido sobre el mismo tema años antes.

Desde niños, mi madre nos alimentó igual que ella fue alimentada por sus padres y estos por los suyos. La dieta principal de la familia era la carne y el pescado.

Nos enseñaron lo que ellos creían verdadero, que sin comer carne o pescado no se puede vivir y al igual que ellos, cuando fueron niños, lo aceptamos sin dudarlo. De modo que el error, venía de muy lejos, pero mi hermano lo detectó antes de ir a la mili.

Cuando vendía chuletas de cordero a la brasa regadas con buen vino por las ferias de los pueblos, fue a parar a sus manos un artículo que advertía sobre la toxicidad que añadimos a la carne, al abrasarla en la plancha o en la parrilla, y así era como la servíamos, incluso a veces achicharrada, al gusto del cliente.

Buscando la mejor forma de servir la carne, sin perjudicar la salud del cliente. Concluyó años más tarde, tras un minucioso estudio del problema, que habíamos sido educados en un error fundamental y que no había encontrado forma de servir la carne sin perjudicar la salud del cliente, porque el problema no estaba en la forma de servirla sino en la carne misma.

El cuerpo humano puede sobrevivir comiendo de todo, pero su propio diseño indica que no es carnívoro y los malos efectos que causa la digestión de la carne, así lo confirman.

De un día para otro, se negó a comer animales. Ya no vivía en la casa de los abuelos, en Tembleque, sino en la casita alquilada en la calle de El Santo y comía en el restaurante de su tía Gloria, la hermana menor de nuestra madre.

A los ojos de toda la familia se convirtió en el bicho raro.

Ni carne, ni pescado, sólo semillas de cereales o legumbres, frutos secos, frutas frescas y productos de la huerta. También queso y huevos, de animales felices.

Sólo cuando comprobó en sí mismo, los efectos del cambio de alimentación a lo largo de varios años, comenzó a darme información y argumentos a favor de cambiar mi dieta, por el bien de mi salud.

Pero por entonces yo pensaba que me sobraba salud y me gustaba demasiado la carne para atenderle.

Además, no quería yo aparecer como otro bicho raro ante la familia.

Pero al cabo del tiempo, viendo su ejemplo y su buen estado de salud, me convencí, de que, efectivamente, era falso que no pudiéramos vivir sin comer carne o pescado.

Seguí sus pasos, estudiando el tema por mi cuenta, como hizo él, y al poco tiempo éramos dos los bichos raros de la familia.

Pronto se nos unió nuestra hermana pequeña, M^a del Pilar, más que por conocimiento del tema, por ver nuestro ejemplo y por su propia sensibilidad e intuición.

Hasta el momento sólo nuestro padre ha dado el paso y es el cuarto bicho raro en la familia, más que por sensibilidad o conocimiento, por sentirse acorralado por la artrosis y el dolor.

Dice mi hermano, que el error y el dolor son grandes maestros, y debe ser verdad, porque después de ver muchos médicos, mi padre ha decidido que debe ocuparse de su salud él mismo, y lo está consiguiendo, practicando ayunos y comiendo lo que es debido. Está estudiando a fondo el tema de la alimentación y se entusiasma contando su propia experiencia.

En la casa de mis padres somos mayoría los bichos raros.

Con los últimos recuerdos, vi con toda claridad que la decisión tomada por mi hermano, era bien firme y producto de una larga maduración, de modo que no se rendiría ante mi negativa.

Definitivamente, yo sabía por propia experiencia que él tenía razón, pero yo me encontraba, como empresario, entre dos fuegos, porque al igual que mi madre, mis empleados me trataban de bicho raro por no comer hamburguesas ni otras carnes.

Su negativa a aceptar el cambio de cocina la daba yo por segura, así como sus protestas y su miedo a perder el trabajo.

- ¿Qué podía hacer?

Elegir entre el interés legítimo de mi hermano, pensando en la libertad de todos y el interés de los empleados, también legítimo, pensando en la seguridad de sus familias.

Traicionar la confianza de mi hermano, el creador de la empresa o traicionar la de los empleados, que eran quienes la sustentaban, poniendo en peligro sus contratos por tiempo indefinido, después de años de servicio.

Yo comprendía los intereses de ambas partes, pero no olvidaba que era Director y propietario a todos los efectos legales, por deseo expreso de mi hermano, para que yo pudiera ser totalmente responsable de mis actos como empresario.

A todos los efectos legales yo era el Empresario, dueño y señor del TAO, y podía negarme a seguir una orden que conducía a la empresa, con la mayor probabilidad, a la suspensión de pagos, porque entre todos los clientes del TAO no había ni uno solo vegetariano.

Pero ya había tomado mi decisión. Le dije: "Me entregaste el TAO como quien entrega un niño y ahora que he pasado años engordándolo, me pides que lo sacrifique".

Él me contestó con menos palabras: "Al igual que tú, **el TAO no morirá por abandonar la carne sino que se fortalecerá**".

Permanecí fiel a mi palabra y a la confianza que depositó en mí, sin reserva ninguna, cuando acepté dirigir el TAO según sus deseos.

Tuve que hacer valer mi autoridad como Empresario, sobre mis empleados, recordándoles que les pagaba para obedecer mis órdenes y recordarles, quién era mi hermano y a quién

debíamos la seguridad que disfrutábamos todos, además de darles mi fe en que él no haría nada que pusiera en peligro sus puestos de trabajo.

Aceptaron, como se acepta cuando uno no tiene otra opción mejor, con resignación y poca confianza.

Le pedí a mi hermano que el cambio de cocina se hiciera después de construir el horno, pero también se negó a ello, porque según me dijo, cuando sabemos, ya somos responsables y hemos de ser consecuentes con nuestra propia responsabilidad.

CUANDO SABEMOS... PODEMOS, me remató.

Fue entonces cuando dio su tercer paso hacia la Libertad. El primero lo había dado alejándose de la Seguridad, de la seguridad económica familiar, que no de la familia. El segundo paso lo dio negándose a servir a la falsedad, la inutilidad y la maldad. El tercero significaba renunciar a fabricar falsedad, inutilidad o maldad, ni con las manos ni con la lengua ni con la intención.

Su primer paso significaba negarse a perder su verdadera identidad, el segundo significaba negarse a la falsa seguridad y el tercero significaba negarse a la falsa libertad.

Al disponer de mayor espacio, se decidió a llevar a la práctica su tercer paso. Me explicó que la razón por la que yo debía hacer el cambio de cocina, antes de tener el horno, era porque **él necesitaba sentir la necesidad real de la empresa para encontrarle el remedio real.**

Algo así como que **si no te expones al verdadero peligro, tu respuesta no arrancará del fondo de tu alma sino del fondo de tu mente, y en la mente no están las nuevas respuestas sino sólo las viejas.**

LA INSPIRACIÓN VIVE EN EL ALMA Y EN LA MENTE VIVE LA MEMORIA.

Antes de empezar la construcción del horno, me dio las instrucciones precisas para sustituir la carne de cada plato por proteína de origen vegetal, de modo que su aspecto, sabor y valor nutritivo fuera similar.

Nos sorprendió a todos, enseñándonos a fabricar nuestras propias hamburguesas, con proteína de legumbre texturizada, rehidratada en vino blanco con jugo de remolacha roja, para dar sabor y color como la carne picada base, le puso el nombre de Hamburguesa Light.

Una vez mezclada la base con especias, huevo y pan rallado, los clientes felicitaban al cocinero por lo rica y sabrosa que era la nueva hamburguesa, pero parte de esos clientes la escupían al decirles que no contenía carne.

La clientela mermó cuando se corrió la voz, pero mi temor a perderla se vio reducido en la realidad entre un 40% y un 50%, y la hamburguesa nueva acabó siendo el plato más vendido porque los clientes la encontraban además de rica y sabrosa, más digestiva.

Aparecieron clientes nuevos a quienes los médicos recomendaban reducir el consumo de carne y no sucedió el desastre que yo pronostiqué.

No obstante, los beneficios de la empresa mermaron y el negocio se resintió, por hacer un cambio tan radical sin ofrecer nuevas alternativas culinarias, aparte de la hamburguesa *light*.

Del balance económico del cambio tuve que negociar atrasos en mis pagos a proveedores, mi sueldo se resintió y los beneficios que meses antes llegaban a mi hermano dejaron de llegar; pero con todo, ningún empleado perdió su trabajo ni sufrió reducción en su sueldo.

Aunque el TAO perdió un 50% de su peso como negocio, por dejar la carne, mi hermano estaba al fin satisfecho porque la empresa no dañaba la tierra, los animales ni las personas. **Era un producto propio, un producto bueno, verdadero y útil para todos.**

Al cuarto mes del cambio, la clientela dejó de bajar para empezar a estabilizarse y aunque mi sueldo de Director fuera el más bajo de la empresa, poco a poco fui perdiendo el miedo a perder mi trabajo, a medida que recuperaba la confianza en mi hermano, porque yo observaba todos sus pasos y lo que estaba construyendo en la planta baja de la casa, era algo más que un horno de pan, era una revolución culinaria para conquistar los paladares más exigentes, cumpliendo los criterios de salud más estrictos.

Me arrepentí, una vez más, de haber dudado de la cordura de mi hermano mayor, porque en la planta baja de la casa había creado una nueva fuente de riqueza para todos.

Lo que yo había imaginado como un simple horno de pan, era en realidad una sofisticada cocina industrial.

El horno era como una pequeña habitación, de 3 m. de larga por 3 de ancha, adosada a la esquina derecha del fondo del almacén, con paredes lisas, antitérmicas, de fácil limpieza y muy resistentes, de 2,50 m. de altura.

Tenía cuatro puertas de acceso al interior, una sobre otra, todas del mismo ancho y diferente altura, las dos inferiores eran para retirar el recogedor de cenizas y para alimentar el horno con leña, de cristal antitérmico, para ver el estado del fuego en todo momento.

Las dos puertas superiores, también de cristal antitérmico, dejaban ver lo que se cocía en el interior del horno, con sólo accionar la llave de la luz y girar un volante situado sobre las puertas, que quedaban a la altura de la cabeza. Un volante de metal dorado y macizo que hacía girar en el interior del horno tres plataformas redondas, de unos dos metros de diámetro.

La puerta superior era la que daba acceso a estas tres plataformas giratorias y la puerta inferior daba acceso a otra plataforma independiente, situada directamente sobre el fuego, donde la temperatura era más alta, también redonda y de unos 2 m. de diámetro.

Un reloj de temperatura marcaba los grados de calor en los diferentes niveles del horno.

Podía cocinar diferentes platos a diferentes temperaturas y su capacidad daba para más de setecientos cincuenta panecillos por hornada.

De aquellas puertas podían salir todos los días, gran cantidad de panes, bollos, pizzas, tartas, pasteles, galletas y platos precocinados.

Fabricó las bandejas para meter y sacar los alimentos del horno, el carro de las bandejas y los moldes para hacer nuestro propio pan de molde para sándwichs, todo en chapa inoxidable.

En la pared derecha había una toma de agua que entraba al interior del horno, conectada a una tubería de cobre de unos 50 m. de largo, dando vueltas en espiral alrededor de la pared interior del horno para calentarse el agua. En su salida, podía proporcionar agua caliente, vapor y agua destilada.

La cámara de mayor temperatura tenía por suelo una especie de sándwich de hierro bien cerrado, que contenía una gruesa capa de sal marina donde daba el fuego. Esta cámara irradiaba el calor a la planta superior que contenía las plataformas giratorias, sobre un suelo de ladrillo refractario. Y en esta cámara de mayor temperatura pretendía cocer arcilla.

Había proyectado unas pequeñas bandejas de arcilla, que él llamaba sus pequeños huertos, que servían para germinar semillas, destinadas a crear nuevos platos, aderezos, ensaladas y zumos de semillas germinadas.

Para la exposición y la venta de tantas novedades en el TAO, fabricó dos mostradores para añadir al que ya había, que eran a la vez vitrinas de exposición.

Uno destinado a sustituir la pequeña pista de baile del TAO, y como la pista era redonda, este mostrador era redondo, fabricado en metal inoxidable y cristal, con luz propia para iluminar los platos expuestos, todos a base de semillas germinadas.

El otro mostrador aprovechaba otro espacio estratégico, a la entrada del local, sustituyendo la zona dedicada al cine, con forma de "L" alargada. De 5 m. de largo, también en metal y cristal, con luz para iluminar la exposición de pastelería, galletas y tartas.

En el TAO nunca se había servido café, por falta de espacio para la cafetera y este mostrador nuevo tenía incorporada su propia cafetera y su molino de café, aunque fueran de segunda mano, así como su cajón para tirar los posos.

Compró muy baratos el molino y la cafetera al tendero de la esquina, porque tardaba mucho en hacer los cafés, a causa de la cal que atascaba los conductos del agua y antes que limpiarla, prefería aprovechar la oferta de compra de otra nueva. Mi hermano la desmontó, la limpió y la dejó como nueva.

Cuando le expresé mi alegría porque al fin podría atender la demanda de café en el TAO, me dijo que efectivamente la cafetera era para vender café pero sobre todo, para llamar la atención de los consumidores habituales de café y de té.

A nuestra madre le chiflaba el café y ya desde niños nos habituamos a tomar más del debido, sobre todo mi hermano, hasta que comprendió que el uso del café es bueno y excitante, así como su abuso es malo para la salud, de modo que su intención era presentar novedades en infusiones, a los habituales del café y del té, para acompañar el consumo de pastas y dulces. Por ello había planeado convertir la terraza de la casa en un jardín y así disponer de infusiones frescas en el TAO.

Él estaba ultimando mesas, estanterías y un armario de calor, para fermentar la masa del pan, cuando yo hice el traslado de los mostradores, con la ayuda de los empleados, cosa que resultó fácil porque no los había fabricado de una sola pieza sino en módulos y tuvo la precaución de no poner los cristales hasta que estuvieron instalados en su lugar en el TAO.

Con los dos nuevos mostradores instalados, el TAO presentaba un aspecto totalmente reformado e innovador y había multiplicado sus servicios.

Aunque el TAO permanecía abierto al público todas las noches de la semana, faltaban pocos días para el inicio de las vacaciones de Semana Santa y por ello decidimos esperar unos días para la inauguración oficial, días que aprovechó mi hermano con Zóilo para probar el horno y tenerlo todo a punto.

Dos o tres días antes de la Semana Santa, con todo listo para el estreno, con más personal contratado para atender los nuevos servicios, la caja de la empresa estaba completamente vacía, pues los últimos ahorros fueron para la fabricación del horno y todos sus accesorios.

Mi hermano sólo disponía de unas quinientas mil pesetas de los beneficios del TAO cuando empezó a construir el horno, y con eso tuvo que arreglarse, porque en los meses que no vendimos carne sólo logré mantener la empresa a flote pero, sin más beneficios.

Empezó por recorrer las chatarrerías para conseguir útiles para sus fines. Como la transmisión de un coche desguazado y los rodamientos para hacer girar el horno, los paneles antitérmicos los encontró en un desguace de barcos, así como el volante, las llaves y el sistema eléctrico del horno.

Lo que no encontró de segunda mano lo compró de primera, como el tubo y la chapa inoxidable de mostradores y bandejas, los cristales antitérmicos de las puertas eran de las cocinas de butano con horno que deja la gente en las calles para la chatarra, y de los frigoríficos, sacaba el compresor y el circuito de refrigeración para repararlos y enfriar una habitación.

Había aprendido a soldar, fabricando las butacas y las mesas del TAO, desde entonces tenía una pequeña soldadora eléctrica y otras herramientas de bricolaje que iba comprando según la necesidad del trabajo a realizar.

Zóilo le acercaba los ladrillos, las herramientas, le hacía la masa con yeso o cemento, le cortaba los hierros y en fin, era su ayuda a pie de obra.

Para hacer recados y buscar lo que iban necesitando contaron con Liberto, un hombre maduro, muy activo, conocido casual, que estaba encantado de servirles, y yo para animarle aún más, le compraba huevos que él vendía de sus propias gallinas. Mi hermano y Zoilo también estaban encantados con él, porque casi todos los días les visitaba y les llevaba frutas frescas del mercado y agua riquísima de un manantial.

Todo marchaba viento en popa y como empresario me frotaba las manos, ante la buena perspectiva empresarial que tenía ante mí, cuando de repente, hacia el mediodía, unos gritos procedentes de la calle se acercaban a la casa llamándome y me alarmaron.

¡¡El TAO está ardiendo, El TAO está ardiendo, Manuel, El TAO está ardiendo...!!

¡A punto de inaugurarlo! ¡estaba ardiendo! un escalofrío me recorrió y yo corrí en dirección al TAO.

Ni mi hermano ni Zóilo estaban para acompañarme.

Con el horno acabado, Zóilo se había ido a descansar unos días a su propia casa, en Los Barrios, pues ya se había casado, y mi hermano no dormía en la casa en esos días. Dos semanas antes, cuando hacía los remates de la obra, le alquilé una casita cercana y tranquila

bajo un gran pino, más apartada del mar, para facilitar su descanso, porque en su propia casa no tenía donde tumbarse.

La casa de mi hermano, parecía más una posada, porque acostumbraba a traerse a cualquiera que encontrara en dificultades para comer, dormir o reponerse para seguir su camino, y era habitual sentarse a comer con gente que hablaba otro idioma o encontrarlos en un saco de dormir bajo el hueco de la escalera, donde instaló dos literas para estos casos.

La llegada de un matrimonio extranjero, con dos hijos pequeños, cuyo coche se había averiado en Algeciras y necesitaba refugio durante quince días, a la espera de una pieza de recambio, obligó a mi hermano a dejarles su habitación, cosa que hizo otras veces subiéndose a dormir a la terraza, porque la temperatura era agradable, pero en esta ocasión, hasta la terraza estaba ocupada por un amigo suyo, maestro de artes y oficios, llamado Miguel, un hombre ya mayor, próximo a la jubilación, que pasaba allí su mes de vacaciones.

La noticia del incendio la recibió mi hermano en esta casa que sólo ocupaba él, acompañado de perros y gatos.

Al recibir la noticia de labios de una amiga mía, el incendio ya estaba consumado. Le separaban del TAO poco más de mil metros y no sintió necesidad de ver el desastre. Tan sólo asintió con la cabeza, dándose por enterado y me hizo llegar una nota escueta:

"Ven a verme después de hacer un balance detallado de los daños ocasionados por el fuego".

A mi regreso me tranquilizó; ante el informe de los daños, me dijo que todo podía rehacerlo, excepto la cafetera.

Me dio instrucciones para retirar todo lo afectado y limpiar las huellas del humo, para ir entonces él a evaluar la reparación.

Estas instrucciones, me las daba por escrito, porque tres días y medio antes del incendio, nos dijo a Zóilo y a mí que entraba en voto de silencio. Nos informó de que podía percibir la proximidad de un desastre relacionado con el TAO, sin poder concretar qué clase de desastre sería, pero sí nos confirmó que no podríamos evitarlo.

No le hicimos mucho caso, tal vez porque yo tenía esos días otra preocupación, por culpa de una orden de desalojo que procedía del Ayuntamiento, causada por el supuesto impago del alquiler de la terraza donde se levantaba el TAO. Al parecer, del año en que lo dirigió, Javier, mi antecesor en el cargo de Director, detalle que yo desconocía y del que me informé por aquella notificación, que hasta fue publicada en la prensa. Y para colmar mis males, me había retrasado unos meses en el pago de aquel mismo año, por la repentina pérdida de beneficios, al dejar de vender carne y por dar prioridad a la construcción del horno, del que dependía el desarrollo de la empresa, de modo que el Ayuntamiento me daba un mes de plazo, para pagar los dos recibos o abandonar la terraza municipal y con ella el TAO.

Pensé entonces que el desastre que mi hermano presentía, se refería a este asunto del impago que comenzó cuatro meses atrás y al que ya habíamos respondido en un informe dirigido a la Secretaría de Playas, reconociendo la deuda y aceptando pagarla, llegado el caso, con intereses.

Ante tal situación me había olvidado por completo firmar la nueva póliza del seguro del TAO, que en esos días se estaba formalizando, porque había ordenado a la compañía aseguradora rescindir la vieja póliza y formalizar en la nueva las últimas reformas realizadas. Por ello, tras llevar años pagando puntualmente todos los recibos del seguro, justamente el día del incendio, el TAO no tenía seguro.

Pero todo esto no parecía preocupar a mi hermano, empeñado en que faltaba algo más, mientras me escribía las instrucciones de retirar todo lo dañado por el fuego, pues ante el balance de los daños ya estaba yo seguro de que, en efecto, él podía reponer lo perdido fácilmente y todo volvería a la normalidad, pero él se mantenía preocupado en su silencio porque percibía un peligro mayor, un problema más grave que el ocasionado por el incendio.

Bien poco tardé en comprobar cuanta razón tenía, porque el enemigo a vencer no era sólo el fuego sino el Gobierno, cuyos intereses parecían ir mucho más allá de cobrar un recibo insignificante, porque tenía sus ojos puestos en la empresa y en mí. Dándome buena prueba de ello al dar mis primeras órdenes de limpieza a los trabajadores; llegaron dotaciones de coches de la Policía Municipal para impedirlo y cuando Director y empleados insistimos en ejercer nuestros derechos, sometieron la empresa a una constante vigilancia policial para impedirlo.

Recordé entonces que mi hermano me había advertido años antes, cuando le pedí consejo para asegurar el TAO a mi nombre, porque no podía vivir tan tranquilo como él sin tener asegurada la empresa que yo dirigía. Me dijo que por supuesto era libre de hacerlo si ello me daba la tranquilidad que yo necesitaba, pero me advirtió que no me confiara tanto a esa seguridad pagada, porque también los seguros pueden fallar en el peor momento. Y así fue como me sucedió.

Durante cuarenta días permaneció en aquella casa, en silencio, respondiendo por escrito a las acciones del Gobierno en contra de la empresa

Algo muy grande debió encontrar en su silencio durante esos días, porque en sus respuestas al Gobierno, su pluma iba elevando el tono de su palabra hasta el punto de atemorizar al propio Gobierno, que acabó por pedir el auxilio de la Justicia.

Debo confesar que yo entonces no entendía sus razones para seguir luchando, aún después de haber visto arrasada su obra, que también era mi empresa, nada menos que contra el Gobierno, que además de dejarnos literalmente sin un duro, totalmente indefensos, acabaría por acusarnos a nosotros de amenazarle a él, ante el Juzgado de Guardia.

Pero en su silencio, seguía firme y decidido sin dar por terminada su lucha.

Siendo él tan extremadamente analítico y razonable que sólo se inclinaba ante una razón superior a la suya, me causó verdadera sorpresa leer el escrito que me dio para el Ayuntamiento, el día de Viernes Santo, donde abiertamente reconoce que ha encontrado a SU SEÑOR y declara su firme intención de servirle sólo a ÉL.

Se le notaba como deslumbrado, como el que ha visto algo tan grande que ni sus ojos ni su mente pueden abarcarlo.

Me pedía tiempo para encontrar el modo de hacérmelo comprensible, algo que nunca había necesitado para explicarse, porque solía hacerlo muy bien.

Esto me hacía dudar, pero como no era la primera vez que tras hacerme dar unos pasos, me pedía "un salto mortal", decidí permanecer junto a él.

Le observé de cerca aquellos días, para detectar algún cambio extraño en su comportamiento habitual, pero exceptuando que no hablaba con nadie, su vida seguía la normalidad acostumbrada. No alteró sus planes más inmediatos ni hizo variaciones en sus proyectos a más largo plazo. Como si encajara perfectamente lo que había hecho en el pasado con lo que debía hacer en el futuro.

TRAZAR EL CAMINO DE LA LIBERTAD

Sin embargo, en la sucesión de escritos que continuó entregándome para el Ayuntamiento, hasta dar por finalizado su silencio de cuarenta días, sí que podía notarse ¡y de qué manera! que sufría un cambio interior, centrándole aún más en su propia tarea. Porque siguió expresándose en sus escritos, de un modo cada vez más firme, más claro y más contundente, dejando de parecerse al buscador de la Libertad que yo conocía para empezar a parecerse más a quien siguiendo los pasos de la Libertad, para darle alcance, se ha chocado literalmente con la Verdad que venía a su encuentro.

Porque sólo como un choque, puede entenderse su oración del Viernes Santo, dando a la Verdad una identidad propia, identificándola no como algo que ha encontrado, sino como Alguien con quien ha chocado frontalmente y a ese Alguien se dirige como MI SEÑOR.

Del resultado de tal choque, pueden extraerse diversas conclusiones meditando el escrito que me entregó el día siguiente, el Sábado Santo, titulado la Promesa del Sábado. En este escrito, cuyo contenido aparece velado, puede percibirse que la libertad que buscaba ya anidaba en él, y por ello llama al Pueblo de Dios a poner el Trono del Poder a su servicio, al servicio de la Libertad. Añade que ha puesto su voluntad en sintonía con la voluntad de SU SEÑOR y que va a convertirse en un Sol, que iluminará SU PALABRA. LA PALABRA DE SU SEÑOR, también añade que la Palabra que escribe uno, la libertad, han de cumplirla los dos, la Libertad y la Seguridad, el Padre y la Madre.

Su siguiente escrito, el Domingo de Resurrección, encierra un contenido aun más hermético, dando la bienvenida a nuestro viejo sol, como la estrella con luz propia que se renueva cada amanecer y dando también la bienvenida a un Sol mayor que es completamente nuevo.

El primero es el Sol que alumbra nuestra Seguridad de hoy y el segundo es el SOL que alumbrará nuestra Libertad de mañana.

¡Aleluya, Aleluya! es el encuentro entre los dos soles, un encuentro que significa enfrentamiento porque sólo uno de los dos se saldrá con la suya. El siguiente ¡ALELUYA! indica en su tamaño que será el SOL nuevo, el mayor, quien se saldrá con la suya.

Con este texto hermético nos dice que el Sol que alumbra la Seguridad, el sol del poder, se apagará como el poder de la propia Seguridad y que será el sol de la Libertad, quien nos iluminará, el SOL de la Sabiduría, el SOL de la Eternidad.

La última parte del texto sirve para dejar clara su posición ante la Seguridad, a la que identifica como "Ud." haciéndole una clara advertencia. "Si la Seguridad no se entrega a la verdad como he hecho yo, entonces la Seguridad se verá condenada a vivir devorándose a sí

misma, porque yo, la Libertad, me niego a seguir alimentando su desarrollo, ya desmedido, y sólo haré lo justo para mantener con vida la UNIDAD del Pueblo de Dios.

Esta advertencia que suena como una amenaza fatal, la hace desde un Mí con mayúsculas, al final del texto, delatando que es la Libertad con mayúsculas, quien está advirtiendo a la Seguridad con mayúsculas, que la vida a costa del sudor ajeno ha tocado a su fin y ha de poner sus pies sobre la tierra. De lo contrario "te verás devorando a tus propios hijos hasta hacerlos huir de ti y entonces conocerás la terrible soledad que te aguarda".

Este escrito del Domingo de Resurrección, delataba a mi hermano ante la Seguridad como una amenaza potencial que podía socavar los cimientos propios de la Seguridad. Y como si de un nuevo Heródes se tratara, ordenó la muerte de la criatura inocente que era el TAO y la persecución de su Director, tomándome a mí por mi hermano.

De cómo empezó y como terminó la relación de mi hermano con los representantes del Gobierno en Algeciras y de cómo surgió el enfrentamiento, dan cuenta todos los escritos que a lo largo de los años fui entregando al Ayuntamiento, informando del desarrollo del TAO, en su empeño para acabar con el paro y la pobreza sin contar con la seguridad de subvenciones.

Todo el capítulo III de este libro, recoge, en orden cronológico, todos esos escritos, respetando por completo su contenido, pues en ellos puede verse al Escriba despertando desde su inocencia ante el Gobierno, que empieza por ofrecerle sus resultados y sus frutos sin condiciones, hasta su reacción cuando va descubriendo la naturaleza y el interés verdadero de la Seguridad que el Gobierno representa.

En sus escritos posteriores al Domingo de Resurrección, se toma por tarea desenmascararlo paso a paso, empezando por la prensa, que enmudece ante la verdad cuando es molesta para la Seguridad, y por sus pasos siguientes indica que se prepara para una larga guerra de desgaste.

No esconde sus objetivos, sino que los proclama abiertamente, como su intención de desenmascarar a la Seguridad sin dañar a sus propios hijos, los hijos de ambos, los hijos de la Seguridad y la Libertad, advirtiendo a los que quieran seguir apegados a la Seguridad que no quedará de ellos ni tan siquiera sus semillas sobre la faz de la Tierra.

Advierte al Gobierno que si no rectifica a tiempo, no podrá detener a los cuatro jinetes que mostrarán su furia sobre las posesiones de la Seguridad, para desposeerla de lo que no es suyo, para desposeerla de lo que ha tomado de la Libertad por la fuerza, la mentira y el engaño.

Puesto que de la Libertad es la Sabiduría, es la Sabiduría con mayúsculas, quien amenaza a la Seguridad, con la furia desatada de las Fuerzas de la Naturaleza, dándole a entender que tendrá la obediencia de estas fuerzas, para resguardar a sus hijos y dar su merecido a la Seguridad, dejándola sola ante su propia cosecha, ante su propia Justicia.

Todo esto y mucho más, puede comprenderse en la atenta lectura del capítulo III, pero que sea el propio lector quien saque sus propias conclusiones.

Por mi parte, antes de terminar este capítulo, he de presentar al lector a mi sucesor siguiendo los pasos del Escriba, que en este caso es una mujer y su nombre es Esther, la misma Esther que el Escriba presenta en su libro de La Cuarta Dimensión como su segundo testigo. Será ella quien cuente sus pasos junto al Escriba, dejándose guiar por él desde que regresó de Algeciras, hasta la actualidad, pero esto será en el capítulo IV, cuando el lector ya conozca el contenido del Diario del TAO, en el capítulo III. Capítulo que carece de todo comentario porque es una sucesión de instancias y escritos que simplemente reflejan los hechos, tal como sucedieron.

Como mis antecesores en el cargo de Director yo también dejé al Escriba para casarme.

Tras el Juicio de Algeciras, del que salí tan inocente como entré, acompañe a mi hermano en Tembleque durante unos meses, mientras construía su taller, porque a corto plazo mantenía viva su intención de producir regalos, usando las maderas recicladas como materia prima, mientras esperaba. Porque a largo plazo, su única estrategia era esperar, esperar el desgaste de la Seguridad.

Con 35 años yo no estaba para más esperas, me casé y continué mi trabajo en el Centro de Salud de Tembleque.

Por ello dejé a mi hermano, solo en su espera, cuando apareció Esther, con la intención de ayudar al Escriba incondicionalmente y él aceptó su generoso ofrecimiento poniéndose él al servicio de las necesidades de ella. Pero que sea ella quien se explique en el capítulo IV y demos paso ya al siguiente, con los escritos dirigidos bien al Ayuntamiento o bien a la propia clientela del Bar, que componen el Diario del TAO, cuya extensión abarca todo el capítulo tercero.



El Escriba a la edad de 2 años.



El Escriba durante su etapa escolar.



El Escriba y el editor en 1962 a los 6 y 4 años de edad respectivamente.